

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PÉRIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.

UN MES. . . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—Ep'sodio histórico: el cardenal-ministro apaleado.—Suiza.—Neufchatel.—El palacio de Rambouillet.—Un amigo como hay muchos.—Aves extranjeras.—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuación).—Viages: de Madrid á la Rioja.—Escenas de la vida positiva.—Misticos; logogrifo; solución del anterior.
Este número lleva doce grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. Repuesto el presidente de la república francesa de la indisposición que experimentó en Evreux ha continuado su viage saliendo de Caen el 6 del corriente á las nueve y media de la mañana para Cherburgo, á donde llegó el mismo día muy entrada ya la noche.

La celebracion en la capilla del palacio de las Tuilerías de una misa por el alma del rey Luis Felipe, y la asistencia á ella de muchas personas notables, pero particularmente del general Changarnier, ha causado en París cierta sensación, haciéndose con este motivo diferentes conjeturas sobre el porvenir, de que no creemos deber ocupar á nuestros lectores mientras no se hallen confirmadas por razones poderosas ó acontecimientos que aclaren mas las respectivas situaciones y miras de los partidos que hoy se conocen en Francia.

Tambien ha preocupado y sigue preocupando á nuestros vecinos la reforma constitucional, esperando con impaciencia el giro que tomen las cosas con el viage á Cherburgo, donde habia grandes preparativos para obsequiar al presidente.

Los asuntos de Turin con la Santa Sede, siguen presentando el mismo aspecto de gravedad que en nuestras anteriores revistas hemos indicado, sin que por ahora se opere una pronta ni satisfactoria solución, pues que según las últimas noticias de Roma, no se ha dignado aun S. S. recibir al conde Pinelli como particular, ni en union de la diputacion que el gobierno de Cerdeña ha enviado, creyéndose que en vano esperarán una audiencia mientras los comisionados no modifiquen el lenguaje que se les atribuye. Según aseguran personas que pasan por bien enteradas, parece que los enviados tienen la pretension de pedir al Santo Padre que exija la dimision del arzobispo de Turin, á fin de que el gobierno pueda darle un sucesor; pues está firmemente resuelto á no permitir que el prisionero de Fenestrelle vuelva á encargarse de la administracion de su diócesis; á lo cual no está dispuesto á acceder el Santo Padre.

La cuestion de los ducados sigue en el mismo estado á pesar de haber anunciado la Rusia al gobierno de Berlin su descontento por la política que seguia en este asunto, no pudiendo decirse aun nada de cierto acerca de lo que se ha asegurado en la última semana sobre ser llamado al trono de Dinamarca el duque Pedro de Oldemburgo, renunciando la Rusia sus derechos de sucesion sobre el Holstein, y principalmente sobre Kiel, en el caso de advenimiento de la linca de Augtemburgo.

En Viena se esperaba al emperador de Rusia que con la emperatriz debe hacer un viage á Italia y pasar á Sicilia, donde piensa esta residir durante el invierno á fin de mejorar su salud, y tambien era esperado el conde de Nesselrode, de cuyas conferencias con el príncipe de Schwartzenberg se creia resultaria la solución de la mayor parte de las cuestiones que se agitan en Alemania, y que tanto tiempo puede decirse que pertenecen estacionarias.

Disfrútase completa paz en el exterior sin que haya indicio alguno de que sea turbada al menos por ahora.
Interior. Han concluido las segundas elecciones con ellas lo que en algun modo llamaba la atencion del público, pues que no ha ocurrido nada notable desde nuestra última revista siguiendo todas las provincias del reino en la mas completa calma.

REVISTA DE MADRID.

Desde que con el artículo del número anterior volvimos á emprender nuestros trabajos en esta seccion de LA SEMANA, creimos de nuestro deber consagrar los primeros momentos á recordar el tiempo trascurrido durante nuestro silencio. No ha mucho dias dedicamos á Madrid unos pocos y mal trazados renglones: tocamos ahora echar una rápida ojeada á las capitales y pueblos de provincia.

Este es el vacío que dejábamos en nuestra anterior revista, y que, al terminarla, nos obligábamos á llenar en la presente.

«Pero es acaso en ella,—nos dirá justamente la mayoría de nuestros lectores, donde debe hablarse de acontecimientos, que á juzgar por su epigrafe, no pueballarse en la esfera de su competencia?»

Explicaremos mejor nuestra intencion en el presente artículo.

Madrid, como todas las grandes capitales de los estados, representa en la nacion española el papel que desempeña el centro vital en el cuerpo que vivifica: á la manera que este, unas veces reconcentra dentro de sí propio todo el calor y toda la vida, otras la llevá á los extremos, quedando casi totalmente privado de ella, así Madrid, á las veces se reconcentra dentro de sí mismo, atrayendo con su fuerza de absorcion y encerrando dentro de sus muros una gran parte de poblacion estraña, á las veces difunde y desparrama su animacion por toda España hasta el punto de quedar él mismo completamente desanimado. Habrá, pues, ocasiones, en que hablar de Madrid sea hablar de toda España, reunida y personificada en él: otras, en que hablar de las provincias, sea hablar de Madrid, difundido á la vez por todas ellas.

En este último caso nos encontramos ahora, porque una mitad de la poblacion de Madrid se ha visto dispersa por todos los ámbitos de la Península.

La diversidad de inclinaciones y de gustos, y aun la posicion particular de cada cual, ha venido á variar en esta ocasion como en todas, la naturaleza y carácter de estas expediciones. Unos, buscando la sociedad, sin la que no saben pasar un instante de su vida, se han dirigido á los establecimientos de baños de Santa Agueda, de Arechavaleta, Cestonia, La Isabela y otros no menos conocidos en España. Otros, que suspiran ansiosos por la brisa del mar, han ido en busca de las plazas de Santander, Bilbao, la Coruña, San Sebastian y Biarritz, de los cuales el último casi podemos contarlos en el número de los puertos españoles. Otros, que solo buscan una temperatura fresca y agradable, han pasado los veranos en el Escorial, en la Granja, en Segovia y otros sitios acreditados por la pureza de los aires y la salubridad de sus aguas. Muchos, en fin, propietarios en algunos pueblecillos, ó contando en ellos con relaciones de familia, han ido á sepultarse en algun oscuro rincón de provincia, donde les estaban acaso reservados dias mas venturosos que los que les han ofrecido por espacio de diez meses los bulliciosos placeres de la corte.

A no dudarlo, la vida del campo, siempre llena de goces y fecunda en útiles resultados para la parte física y moral del individuo, varía de género y de impresiones, según le lleva á cada cual su inclinacion á alguno de los puntos que hemos indicado.—En los establecimientos de baños se vive con la sociedad: la música, el baile, los paseos en familia, la mesa redonda, los juegos, las rifas y todos cuantos pasatiempos y recreos puede discurrir una reunion de 40 á 50 personas, que vive bajo un techo comun, tales son los accidentes de esta vida, que caracterizan una regular etiqueta en el vestir, y un diluvio de galantes cumplidos y de continuas y obsequiosas atenciones.—En los puertos se vive con el mar: los baños, las escursiones por la playa, los paseos por el mar, la pesca, las expediciones á las montañas vecinas, el atractivo de sus deliciosas y pintorescas vistas, dan á este género de vida un encanto de que carecen y que no pueden al-

canzar jamás los pueblos internados en el continente: los puertos del mar Cantábrico son en este punto una especialidad entre todos los de España.—En los sitios reales y en sus alrededores se vive con las impresiones de belleza y magnificencia que constantemente nos ofrecen. ¿Y quién pudiera no pasar un verano agradable en los deliciosos jardines de la Granja, entre sus bellísimas fuentes y los sombríos pinares que por todas partes sirven de fondo á sus amenos paisajes? ¿Quién no visita con gusto el imponente Alcázar de Segovia y su soberbio acueducto, para estasiarse despues de admiracion y de respeto ante la obra colosal de Felipe II?

No nos es dado ciertamente trazar el cuadro de animacion y belleza, que todas estas mansiones de recreo han ofrecido en el verano que está próximo á terminarse. Tamaña empresa es superior á nuestra memoria y su ejecucion no cabe dentro de los límites del presente artículo. Pero hemos prometido consagrarles un recuerdo, y fuerza será cumplir nuestra promesa, por transitorios y fugaces que en esta ocasion hayan de ser nuestros recuerdos.

Los baños de Arechavaleta y Santa Agueda no han ofrecido en este año la animacion que en los anteriores. La reunion de 1850 no ha escedido durante su apogeo á la mitad de la que hubo en 1849. El mal tiempo ha reducido ademas á los moradores de estos establecimientos á guardar durante algunos dias una reclusion completa, y les privó de algunos compañeros de baños, que ó los abandonaron ó dejaron de ir á ellos por esta causa. Esto no obstante, la reunion que allí se encontraba era muy escogida, ya que no numerosa. La señora de Alaix, las marquesas de Vergara, de la Colonia, de Zambrano y de Espinardo; las señoritas de Casa Valencia, de Rubio, de Campuzano, de Bodega, de Campo Santo, y otras muchas que se han reunido en Arechavaleta en Santa Agueda, han animado aquellos sitios, donde la belleza y la seductora amabilidad de las bañistas se ha contado siempre como una de las principales y mas poderosas virtudes de sus aguas.

Los baños de la Isabela han sido tambien en este año el centro de una animada y brillante reunion. Allí los enfermos de todos sexos han olvidado sus dolencias para no pensar mas que en bailar y en divertirse. Entre los bailes celebrados en aquel sitio han merecido algunos la honorífica mencion de la prensa, y los nombres de los concurrentes á ellos, publicados hace tiempo por todos los periódicos, son la mejor garantia que puede ofrecerse de lo escogido de la sociedad que los formaba.

Otro tanto que de los establecimientos de baños minerales pudiéramos decir de los puertos de mar, comparando la animacion que han tenido en el presente año con la que tuvieron en el verano anterior. Ni Santander, ni la Coruña, ni Bilbao, ni San Sebastian han estado este año tan concurridos y brillantes como en el pasado. No ha faltado, sin embargo, en ninguno de ellos una buena sociedad y algunos elementos de diversion y de recreo.

En el Escorial la animacion de la temporada se ha reducido á la del día de San Lorenzo y sus inmediatos, en los que hubo bailes y expediciones al campo. Lo restante del verano ha sido allí tan monotonó y severo como el aspecto de su imponente monasterio; no han faltado, sin embargo, continuas visitas á este grandioso edificio, mucha concurrencia en las casas llamadas de Arriba y de Abajo, y frecuentes escursiones á la silla de Felipe II.

Tampoco la deliciosa mansion de San Ildefonso ha tenido este año mas momentos de vida que los dias inmediatos al 23 de agosto. Pero el día de San Luis fué, como de costumbre, brillante y numerosa la concurrencia á los jardines. Las fuentes hicieron sus primorosos y sorprendentes juegos á través de una atmósfera serena y apacible, que en las alturas disolvía el agua en menudo polvo para dejarlo caer despues á manera de neblina, sobre los empolvados trages de los concurrentes. La mayor parte de estos, formando una inmensa romería, visitaron al día siguiente las preciosas antigüedades de Segovia.

Difícil fuera en verdad nuestra tarea si hubiésemos

de añadir por conclusion de este artículo, las noticias que tenemos de las innumerables fiestas y diversiones campestres que han tenido lugar en otros muchos pueblos inmediatos á Madrid. Por otra parte, todos nuestros lectores saben ya cuan concurridos han estado los de Carabanchel, Villaviciosa, Leganés, Navalcarnero, Miraflores y otros que en este instante no tenemos presentes.

Esto, no obstante, mencionaremos particularmente uno de ellos.

Hay en los alrededores de Madrid un pueblo notable por sus buenas aguas y por la salubridad de sus aires, donde se reune todos los veranos en el jardín de su casa de baños, una porcion de madrileños que se solazan junto á una célebre noria, cuyos altísimos y copudos árboles procuran fresca sombra, y protegen los inocentes y fugaces amores que hacen nacer en cada año los ardores de la canícula. Allí, mientras susurran las movibles aguas de la noria, y murmura, mecido por las auras, el espeso follaje de la arboleda, escriben los amantes en octogenarios álamos multitud de cifras, nombres, versos, sentencias y logogrifos, pintan corazones atravesados con flechas, y les añaden inscripciones que ocupan ya de alto á bajo todos los troncos, sirviendo como de apuntes para la historia amorosa de aquel recinto de doce años á esta parte.

Muchos de nuestros lectores reconocerán en esta descripción á Pozuelo de Aravaca, así llamado vulgarmente. Aunque la concurrencia de este verano no ha sido muy numerosa, en los días de las fiestas se aumentó de una manera considerable. Estas han sido bulliciosas y alegres, debiendo casi toda su animación á la circunstancia de residir allí el señor marqués de Bárboles, que al oír lamentar la falta de las corridas de novillos, las costó espontáneamente, y después de la primera corrida obsequió también á sus amigos con un espléndido almuerzo de veinte cubiertos. El entusiasmo que excitó en el vecindario este acto de desprendimiento del noble marqués, le valió una gran serenata, muy popular por el carácter de sus instrumentos, pero no menos apreciable por la franqueza y cordialidad del afecto que inspiraba aquella demostración de sincera gratitud.

J. M. ANTEQUERA.

EPISODIO HISTORICO EN EL REINADO DE FELIPE V.

EL CARDENAL-MINISTRO APALEADO.

I.

Introducción.

Harto conocida es la situación de España al advenimiento de la rama Borbónica por la muerte de Carlos II. Los manejos de la Francia triunfaron de las intrigas del Austria, y el nieto de Luis XIV vino á ocupar el abandonado trono de dos mundos.

Grave hasta la seriedad, taciturno y encerrado en los salones de palacio, ó cabalgando con poquísimo acompañamiento en los montes del Pardo ó de Balsain, entregado á su afición por la caza, no se cuidaba mucho Felipe V en conocer el carácter de sus nuevos súbditos.

Con aversión al despacho de los negocios, solo gobernaba su joven esposa, ó mas bien la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina, agente de la corte de Versalles, y consultora y consejera de los reyes de España.

Favorita lisongeada por la fortuna, llegó á su apogeo y se sostuvo en él, y descendió y volvió á elevarse hasta que su desmedido orgullo la precipitó al fin por querer remontar su vuelo como el ave audaz que pretende acercarse al sol, y se reduce á pavosas.

Pero está en los destinos de España verse gobernada por favoritos; y á la princesa de los Ursinos sucedió Alberoni, que poseía la completa confianza de Isabel Farnesio; y como siempre estuvo Felipe sucedido por sus esposas, resultaba que el verdadero soberano era Alberoni.

II.

Alberoni.

Era Julio Alberoni hijo de un jardinero de un arrabal de Plasencia: nació en Fiorenzuola, aldea de los estados de Parma, el 30 de mayo de 1667, y su edu-

cación fué nula, como era consiguiente á su condición humilde: ni aun leer sabia cuando se ocupaba en ayudar á su padre en sus trabajos diarios, á los cuales mostró escasa disposición. Sentía en su alma sin duda los gérmenes del genio, que le llamaba á otra misión que á la de labrar la tierra, y este mismo presentimiento agotaba sus fuerzas físicas por robustecer sus dotes intelectuales. Dióle rienda suelta á su vehemente deseo de aprender alguna cosa, y á la edad de doce años se hallaba de segundo sacristán y campanero en una de las parroquias de la ciudad, en donde llamó la atención de un clérigo que le enseñó á leer. Esta fué la base de su suerte: se le consideró apto para el estudio, aprendió los elementos de la lengua latina, y entró luego de discípulo en una escuela de jesuitas.

Con tan hábiles maestros no podia quedar adormecida su capacidad; desarrollóla y mucho, dejando consignado su ingenio y laboriosidad en varios volúmenes escritos de su puño, que existían aun en los tiempos en que escribía su historiador Poggiali, adquiriendo un conocimiento tan profundo como extenso en la literatura sagrada y profana (1).

Ingenioso, vivo, ardiente, emprendedor, con modales seductores, flexibilidad cortésana, y un don especial para sacar partido de sus conocimientos, ponía todo su conato en cultivar estas cualidades, y supo hacerlo mejor que cultivar las flores, porque conoció que era aquel medio mas á propósito para labrar su fortuna.

Entre sus muchos amigos y protectores, logró la estimación de Ignacio Gardini de Rávena, juez supernumerario en el tribunal criminal de Plasencia, que perdiendo la protección del soberano, buscó asilo en su ciudad natal, y el joven Alberoni le acompañó voluntariamente en su retiro. Presentáronle en Rávena al conde de Barni, vice-legado, que al ascender al arzobispado de Plasencia lo nombró su mayordomo; pero no tenia Alberoni mas disposiciones para el desempeño de este destino que para la jardinería, y fijó su atención en la iglesia; ordenóse en 1690, alcanzó un curato insignificante, y mas tarde una canongía, con la protección de su señor.

Fué á Roma con su discípulo ó amigo el conde Juan Bautista Barni, sobrino de su protector, cultivando entonces no solo la literatura eclesiástica y la filosofía, sino que aprendió el francés, lo cual le valió ser nombrado intérprete entre el obispo de San Dónimo y Vendome, en las negociaciones que mediaron para aliviar la suerte de Parma, oprimida por los franceses.

«La viveza, dice un historiador, los modales elegantes del joven sacerdote, habian cautivado ya á cuantos le conocian, habiéndole proporcionado crecido número de protectores, que eran desde el momento amigos suyos, á quienes inspiraba tanto afán de servirlo como de salir airosos en sus propios negocios.»

Predisuelto en favor suyo el duque de Vendome, que tenia fama de descontentadizo, logró su afecto; pues durante las negociaciones mitigaba el fastidio de la discusión con dichos agudos y gracias inagotables, arrancando con este proceder marcadas simpatías, no perdonando para conservarlas ni las conversaciones mas licenciosas, ni las mas bajas adulaciones, llegando hasta el extremo de preparar por sí mismo varios guisos de la cocina italiana, que despertasen el apetito del duque. Llamábase Vendome querido abate; y el obispo tuvo ocasión de comprender el extraordinario influjo que ejercía Alberoni sobre el general.

Los toscos modales de este, que desagradaban al prelado, fueron causa de que se confiase la negociación á Alberoni, á quien para darle mas consideración se le confirió una canongía en Parma con una pensión decorosa, facilitándole un palacio en la ciudad para que pudiera festejar debidamente á los militares de alto rango con quienes se acompañaba. «Los oficiales franceses, dice un escritor de su época, se divierten mucho con su buen humor; entretienen al duque de Vendome contándole las gracias, las chanzas y ocurrencias de Alberoni, cuya persona no es menos burlesca que su conversación; porque tiene la cara ancha y monstruosa, la tez de cobre, nariz chata, anchos hombros, y una estatura menos que regular; en una palabra, es un pigmeo á quien la fortuna se ha gozado en hacer un coloso (2).»

(1) Memorias históricas de Plasencia, de Poggiali.

(2) Véase el retrato físico y moral que hace de Alberoni un escritor inglés.

«Era Alberoni de pequeña estatura, mas bien gordo que flaco, y tenía el rostro algo redondo. Su cabeza era enorme para su tallo; pero su mirar era vivo y penetrante. Puntaban sus ojos su ánimo ardiente y ambicioso, aun cuando templase sus miradas cierta expresión de dulzura y dignidad. Era su voz flexible y melodiosa, y cuando quería agradar ó persuadir tomaba un tono y acento que daban irresistible fuerza á sus razones. Por acostumbrado que estuviese al trato cortésano y al bullicio marcial, y aun cuando habia vivido mucho tiempo con gentes de buen tono y personas instruidas, si bien solía tomar un aire de dignidad conveniente á su situación en las ocasiones que inspiraban energía á su alma elevada, no por eso pudo jamás desprenderse del todo de cierta grosería en los modales, que tenían por origen su bajo nacimiento y sus relaciones de infancia.

«Por lo que toca á las cualidades del entendimiento y del corazón, parece que la naturaleza fué tan pródiga con él como avara se mostró de dones exteriores. Literato y hombre de mundo al mismo tiempo, aprendió mucho en la escuela de la experiencia y á fuerza de vigiliat y estudio. Sin contar sus conocimientos en la literatura clásica, se hallaba versado en casi todos los ramos de los conocimientos humanos, y tanto sus conversaciones como su correspondencia, muestra que se

Al salir Vendome de Italia al terminar la campaña, aceptó contento Alberoni el ofrecimiento de tomar parte en la servidumbre del mariscal, prefiriendo la agitada vida de los campamentos á la pacífica y monótona en la modesta corte de Parma. Confósele la correspondencia mas secreta de su nuevo señor, de quien era secretario intimo, y á cuyo lado estuvo en la campaña de Flandes.

Al regresar el duque á Francia concluida aquella guerra tan penosa, presentóle su protector á Luis XIV siendo tan eficaz y lisongeramente recomendado que á mas de los halagüeños testimonios del favor real se le concedió una pensión de 1,500 libras tornesas, 16,400 reales vellón.

Alberoni fué el que convenció á Vendome para que fuese á España: le acompañó y le sirvió con su fidelidad é inteligencia.

Recomendado á la corte de Madrid como hábil hacendista, se le encargó redactar un plan para el arreglo de las contribuciones, y con ayuda de Marañón, que solo era entonces un mero abogado de provincia, desempeñó su encargo con tal beneplácito del ministro que se le dieron las gracias en nombre del rey y una gratificación de 500 doblaes.

III.

El verdadero soberano.

Aquí comienza una nueva época para Alberoni, cuya inteligencia iba á ponerse en juego para decidir de la suerte de un estado. Aquel abate de desgraciado físico, tenia que conquistar el afecto de la princesa de los Ursinos, que aunque solo conservaba el recuerdo de su juventud, no le sucedía así con su hermosura, de la cual ostentaba restos envidiables. No suele la muger de talento conceder su ilustrada amistad al hombre que solo ostenta la belleza de su figura; no basta esto para satisfacer su inteligencia, busca las dotes del ingenio y donde las halla sabe estimarlas.

Ni á la princesa de los Ursinos ni á Alberoni se les puede negar el buen talento que les distinguía. Se hablaron, se comprendieron, y de esta comun inteligencia nació el mútuo afecto y respeto que se merecían. Pero como en materias políticas se prescinde de los afectos del corazón, en el momento en que conoció la princesa lo mucho que podría Alberoni, y este la influencia de ella, solo trataron de destruir el uno el poder presente, y de impedir la otra la preponderancia futura.

Muere en este tiempo Vendome en los brazos de su protegido, que le tributó hasta el último momento los deberes de gratitud y del afecto mas sincero, y tuvo que marchar á Versalles, volviendo á Madrid donde halagando á la princesa valiése de ella para adquirir el ascendiente que ambicionaba, y el cual consiguió, así como que Isabel Farnesio reemplazara en el régio tálamo á la difunta María Luisa.

La entrada en España de la nueva reina fué inaugurada con la salida de la princesa, despedida en Sagraque de un modo tan indigno de ella como de la esposa de un rey.

Aislada Isabel en Madrid por haberse deshecho de su servidumbre italiana, conformándose con la etiqueta española, fijó su atención en Alberoni, que además de ser italiano era á quien debía su elevación. Alberoni, sin rival y sin supeditación de ningún género empezó por hacerse el necesario y por rodear á los reyes de hechuras suyas, no olvidando hacer que se nombrara confesor de la reina al P. Guerra, de origen italiano, cuyo mediano talento y servilismo le constituían en instrumento de Alberoni. Con el carácter de ministro de Parma, que le daba facultad para asistir al gabinete, continuó ejerciendo la autoridad en Madrid, y se fué preparando para apoderarse de los

hallaba tan familiarizado con los idiomas español y francés como con el suyo propio. Además de una laboriosidad inagotable y profunda, tenia una memoria prodigiosa, poseyendo una facilidad maravillosa para comprender, y expresando con mucha gracia. La fecundidad de sus recursos inspiraba admiración; insinuante y persuasivo hasta el último grado, tenia un aire tan natural de sinceridad, franqueza y candor, que sabia conquistar á su antojo el corazón de sus oyentes, y le solía se burlaba de ellos si lo exigía así su interés. A pesar de que era irascible é impetuoso, sabia comprimir esta vehemencia tan nociva á los que tienen á su cargo las negociaciones de los pueblos, y en el grado era dueño de sí mismo, que en cuantas conferencias hallamos referidas en la correspondencia de los enviados de Inglaterra y Francia, no vemos jamás en sus conversaciones en medio de los raptos de la mayor viveza un solo ejemplo de arrebatado por su parte, en que espresase mas que lo que quería decir, ni gesto ninguno ni palabra indiscreta que dejase percibir sus impenetrables secretos. Sobrio por costumbre, y comedido en su modo de vivir, se alababa sin que jamás lo negasen sus adversarios, de haber tenido siempre una vida regular, á pesar de los halagos de su elevado destino y de haber cumplido siempre con exactitud los deberes de su profesión eclesiástica.

«Era dulce y afable con sus inferiores; pero tenaz, orgulloso y decidido con sus iguales ó superiores. No podia soportar la menor contradicción, á menos que no viese el aumento que era muy puesta en razón, y apenas delante de sus soberanos se habia comprimido su espíritu altanero. Sus mismos amigos confiesan que tenia hasta un grado eminente el ánimo vengativo que se atribuye á sus compatriotas; pero todavía sabia mejor disimular el defecto de que tambien se le acusa. Su ambición era ardiente y estremada, y en general era poco dócil en los medios con tal de que le llevasen á buen fin. Mas de una vez le aconteció el fracasar en sus proyectos gigantes, tan solo por el modo de ejecutarlos; y en una palabra era uno de esos caracteres romancescos, que reuniendo cualidades raras á defectos extraordinarios, no tienen analogía ninguna con los demas hombres, ni en el triunfo ni en la desgracia; y son muy distintos cuando se hallan en el poder ó en la adversidad.»

riendas del gobierno, como lo consiguió al fin, llegaron á ser el verdadero soberano de España.

IV.

El marqués de Villena.

Felipe cayó postrado por una enfermedad que le tuvo á las puertas de la muerte, y la grandeza española indignada de que no se acudiera á ella en situación tan crítica, para que dirigiera el estado, pretendió escudarse el humillante yugo de un extranjero; pero faltábale inteligencia y valor para luchar con Alberoni, quien al restablecimiento del rey se afirmó mas en el poder y fué recompensado con una pensión anual de 30,000 ducados, el rango de grande de España y el obispado de Málaga; habiendo sido investido antes por el papa con el capelo de cardenal á trueque de engranar el mismo pontífice.

Pero si el espíritu de la nobleza española estaba abatido, enervado su valor y prostituida su dignidad, ¿cómo había nobles en quienes no se habían estinguído estas cualidades que formaban el distintivo de nuestra antigua grandeza.

Uno de estos nobles era el duque de Escalona, mas conocido por el nombre de marqués de Villena.

Era el mes de noviembre de 1717, y á causa de la enfermedad del rey, solo podían entrar en la regia cámara las personas á quienes la reina y Alberoni concedían especial permiso. Acostumbrábase á que la medicina del rey estuviera bajo la inspección del mayor-domo mayor, que lo era el de Villena, el cual debía asistir á las consultas de los médicos y á la administración de los remedios.

Villena, que á la nobleza de su estirpe reunía esa dignidad de nuestros grandes, verdaderamente grandes, porque lo era, y respetable por su edad, talento y virtudes, profesaba al soberano ese afecto clásico entre los españoles, cual lo demostrara en su vireinato de Nápoles y en cuantas ocasiones se le presentaron en su vida pública. Rígido en su conducta y de un carácter puntilloso como dice la historia, no permitía la menor infracción de sus deberes ni verlos menoscabados en lo mas mínimo.

Trató de hacerlo así Alberoni notificándole que se le permitía mejor no penetrarse en la regia cámara, contentándose con inspeccionarlo todo á la entrada.

Indignado el duque con tan humillante proposición, la desprecia y se dirige á palacio.

V.

La cámara real.

El palacio de Felipe V que estaba en el sitio del Buen Retiro, mas que alcazar de reyes, parecia reclusión de monges. El nuevo Borbon habia impreso á su morada la melancolía de su carácter, y á la bulliçosa corte de Felipe IV substituyó la adusta severidad de Felipe V: á la cordial franqueza del rey poeta, la rigida y embarazosa etiqueta del monarca diplomático y guerrero á la vez.

Felipe estaba postrado en cama, y tenia un momento de reposo. La reina estaba con Alberoni al lado de una de las ventanas de la cámara. Conversaban justamente sobre la orden que habian enviado al duque, cuando el ruido de un pesado carruaje llamoles la atención y dirigiéndole la vista:

—Parece el de Escalona, dijo la reina.
—Y lo es, señora, y conduce al duque.
—¿Qué atrevimiento!... pero no, no osará llegar hasta aqui.

—No lo creo, aunque conozeo la altivez de ese español á quien no deja erguir la cabeza e. peso de sus años.

—¿Distes la orden?
—Terminante, señora.
—Entonces no pasará....

Dirigióse en seguida la reina á sentarse á la cabecera de la cama de su esposo, y Alberoni quedó paseando tranquilamente sin sentirse apenas las pisadas. A un lado de la cámara permanecian de pie y silenciosos algunos favoritos.

El duque en tanto se habia apeado del carruaje, ayudado por dos servidores, y se encaminaba á la cámara real. Al llegar á la antecámara uno de los ugiere, quien de parte de la reina se dió la orden terminante de no permitir al duque la entrada, se adelantó hácia Escalona, y encorvando su cuerpo y con el lenguaje mas reverente y sumiso, le dijo:

—Dispónseme V. E. no le deje entrar: se me ha prohibido terminantemente.

—Sois un insolente, contestó lleno de cólera; lo que dice no puede ser cierto.

Y acelerando su paso cuanto su edad le permitia, sosteniéndose en su baston, abrió la mampara, y entró en la cámara real, hallándose frente á frente con la reina y Alberoni.

VI.

Los bastonazos.

La tarde iba declinando, y la luz del crepúsculo era disminuida en la cámara real por las cortinas de riquísimo damasco de seda que cubrian interiormente las ventanas. Solo estaba descubierta la que podia oscurecer el lado donde estaba la reina.

El duque, á quien pesaban mucho la gloria y los años, á pasos lentos y apoyándose siempre en su baston, se dirigia á la cama del rey. Al reparar en Escalona la reina y el cardenal se miraron con asombro; este hizo seña á un ugiere para que le obligara á salir; pero el duque siguió impasible.

—Cardenal, no permitais.... dijo la reina.

—No, no lo permitiré.
Se acerca al duque, y le dice:

—Señor mayordomo mayor; S. M. desea estar solo.
—Pues empezad por dar el ejemplo, señor cardenal, contestó procurando dar á sus palabras la calma que interiormente no sentia.

—Me necesita el rey y la reina, quienes me han ordenado que salgais.

—No es cierto, he tenido fija la vista en vos desde que he entrado y no os he visto acercaros á la cama ni á la reina.

—Ya me habia dado la orden el rey.
—Es imposible que el rey dé tales órdenes.

—Si el rey no las dá, recibidas del ministro, salid.

Arrebatado ya el cardenal; agarró al duque de un brazo para echarlo de la cámara, pero adquiriendo el anciano nuevos bríos para resistir tamaño ultraje.

—No, no saldré, decia: es una insolencia privarme de ver al rey, y desempeñar mi destino. Soldadme, cardenal, ó sabré enseñaros el respeto debido á una persona de mi clase, á un español.

—Si, á un español cuya nacion si ha de ser bien gobernada han de venir extranjeros á hacerla.

—A robarnos, pilluelo (1).

—¡Yo pilluelo! exclamó encolerizado Alberoni.

Dió al mismo tiempo tan fuerte empujón al duque, que lo dejó caer sentado sobre un sillón. Exasperó á Villena tanto esta caída, que asiendo con una mano al cardenal, empezó á darle de bastonazos diciéndole lleno de ira:

—Pilluelo, ruin, imprudente: solo merecéis ser azotado con las correas de mis caballos.

La situación del cardenal en aquel momento no pudo ser mas angustiosa. Falto del valor físico que necesitaba para hacer frente á aquel diluvio de improprios y de bastonazos, mostróse tan servil como cobarde, y desasiéndose como pudo de las manos del duque fué á guarecerse cerca de la reina.

Colérico el mayordomo mayor, no cesó por esto sus injurias, aumentando la voz y amenazando apalearlo nuevamente al pobre prelado.

—Si no fuera por el respeto que profeso al rey y á la reina, decia el duque, os daría en la barriga cien patadas, y de las orejas os sacaría de aqui. (2)

La reina y los demas circunstantes permanecieron mudos espectadores de esta escena.

VII.

Conclusion.

Un cuarto de hora habia pasado cuando entraba el duque en su casa. Al mismo tiempo se presentó un criado conduciendo en una bandeja un pliego cerrado. Lo abre el duque, y al concluir su lectura esclama sin notarse la menor alteracion en su semblante:

—Lo presumia.... pero creí fuera mayor la venganza de un italiano apaleado: no es mucho desterrarme á mis estados, pudiendo estar á treinta leguas de Madrid. Obedeceremos.... no hay otro remedio....

Al instante comenzó á dar las órdenes oportunas; y á las pocas horas ya estaba en camino.

Al llegar al punto de su destierro dictó la siguiente carta que dirigió á Alberoni:

—«Señor cardenal: he obedecido como fiel súbdito la orden de S. M., mi amado soberano. Ni me quejo de mi destierro, porque seria indigno de un español, ni celebro la causa, que seria innoble en un caballero aun el referirla; y ni lo uno ni lo otro dejaré de ser.—El duque de Escalona.»

Alberoni que ademas de un gran talento poseia un alma elevada, creyó recibir una leccion de generosa dignidad, y trató de demostrar que tambien poseia sentimientos de nobleza, alzándole al poco tiempo el destierro.

La aventura permaneció en secreto, y solo cuando el cardenal cayó del poder la divulgaron sus favoritos; pero no el duque de Escalona.

A. PIRALA.

SUIZA.—NEUFCHATEL.

La ciudad de Neufchatel está situada en Suiza á orillas del lago á que dió su nombre, casi á la punta mas occidental de él, cuya estension longitudinal es de nueve leguas. Detrás de la ciudad aparece el maggestuoso Jura.

Colocada en forma de anfiteatro sobre la vertiente de una montaña que mira al sol Levante, esta ciudad presenta el aspecto mas pintoresco; domina toda la estension de su lago, y uno de sus barrios toca en la ribera y constituye una especie de ante-puerto, ó una

(1) En las memorias históricas que refieren con exactitud este hecho, se halla este epíteto, dado por el duque á Alberoni, y los que van despues, con letra bastardilla.
(2) Histórico.

pequeña bahía, donde se abrigan durante la tempestad una multitud de barcos de pescadores, de navios mercantes, de barcos de vapor que surcan noche y dia el lago cuando el tiempo está en calma: sus edificios se elevan semejantes á los faros que se distinguen en todo el Valais ó valles de los Alpes, del pais de los Grisones y de otros muchos cantones de Suiza; en fin, esta ciudad es un lugar delicioso para el habitante y el extranjero.

Su historia puede dividirse en dos épocas; una que data desde el tiempo de la dominacion romana, y la otra desde la caída de este imperio: su origen es desconocido, pero los historiadores de la edad media pretenden que fué una de las posiciones mas formidables del pueblo-rey en la Helvecia. Entonces llevaba el nombre de *Noidelonex*, que los etimologistas creen derivado del celta; y el de Neufchatel (*Neocomum Neocastrum*), que tomó en el siglo X, le tenia de una nueva torre, que se edificó en esta época, y que reemplazó despues el castillo de los antiguos condes de Neufchatel, el cual existe todavia.

La situación de esta ciudad es muy ventajosa para el comercio, es la llave de Francia con el Norte de la Suiza, el punto de reunion del canton de Soleure y del Valais, y llegaría á ser el centro general mas importante, si se estableciesen relaciones comerciales mas vastas entre los cantones de la Suiza y los paises inmediatos.

El interior está bien distribuido, las casas son hermosas y cómodas, edificadas con solidez; las calles anchas, generalmente situadas del Mediodia al Norte para evitar una pendiente demasiado rápida. Se cuentan en esta ciudad muchos y buenos edificios, como el palacio ó castillo de los condes de Neufchatel y la catedral, edificada en 1164 por Berta, esposa del conde Ulrico. Ambos edificios están separados por un vasto espacio, plantado de tilos, y que generalmente sirve de paseo. La catedral es de estilo gótico sencillo, regular; el castillo está rodeado de anchos fosos y flanqueado de torrecillas, lo cual contribuye á que presente un aspecto parecido al de las antiguas residencias señoriales del siglo XIII y XIV.

La casa de ayuntamiento, obra moderna, está situada en la plaza principal y es de forma cuadrilonga. En medio se eleva una fuente piramidal de cuatro faces, obra maestra del género arquitectónico, y cuyas aguas surten con abundancia á todos los barrios.

Aquí precisamente es donde se celebra todas las semanas el gran mercado, adonde acuden compradores y vendedores de toda especie que vienen de las poblaciones distantes de Neufchatel 10 y 12 leguas.

Hay ademas en Neufchatel un magnífico hospital, una biblioteca y un teatro, construido en las márgenes del lago; un colegio donde se enseñan matemáticas, física, mecánica y química aplicada á las artes y maravillosamente desarrollada; muchas escuelas secundarias para los niños de ambos sexos, una cárcel de detencion donde los presos viven con mucha comodidad, bastantes casas de correccion y un grande hospicio para los ancianos. La poblacion de Neufchatel se eleva de unas 6 á 7,000 almas, sin comprender en este número á una multitud de obreros de diferentes profesiones que residen allí durante su aprendizaje.

La industria y el comercio tienen por principal objeto el arte de la relojería, la bisutería, la platería, el grabado, la pintura sobre esmalte, la fabricacion de instrumentos de artes, de óptica y de mecánica, de telas de seda, de lana y de lino; la preparacion de los curtidos y la peletería; la fabricacion de los sombreros de fieltro y de paja; la fabricacion del papel; la venta de un gran número de ganados, hacen excelentes quesos, venden muchos pescados de su lago, y comercian en fin con el producto de sus viñas.

Los habitantes poseen una grande lealtad en sus relaciones comerciales y privadas, y su probidad ha llegado á ser proverbial. Dulces y hospitalarios, reciben y agasajan á los extranjeros. Los hombres son allí fuertes y robustos, y las mugeres en lo general bonitas y agradables: se encuentra en Neufchatel una sociedad encantadora, que en el verano se entrega á los paseos por las orillas del lago y á las escursiones campestres, y en el invierno al baile, á la música y á los teatros. Esta ciudad es patria de muchos hombres distinguidos, célebres en las ciencias, en las indagaciones históricas, en la medicina, en la botánica; por último, es patria del gran filántropo David Pury, uno de los mas ricos comerciantes de Europa, que enriqueció á Neufchatel con magníficos establecimientos, los que actualmente posee.

Esta ciudad fué tomada por asalto y saqueada por Conrado en 1033, é incendiada por Enrique, obispo de Basilea y conde de Neufchatel en 1249; devorada por un incendio en 1430; sumergida por las aguas del torrente del Scyon, sobre el cual está edificada, en 1739. Por esta época se establecieron en el principado de Neufchatel, aquellas compañías de seguros mútuos, cuya dichosa creacion se ha introducido en todas las poblaciones del mundo civilizado.

Un canton de tan corto vecindario, cubierto en toda su superficie por un gran lago y por enormes peñascos no promete en verdad una industria muy floreciente. Sin embargo, hay lugares en Neufchatel que forman por decirlo así, un taller general, principalmente en lo relativo á relojes y fabricacion de blondas y lienzos pintados.

Mr. Depping en su descripción de Suiza formó el resumen de la historia de la relojería tan difundida en este pueblo. Acaso en toda la comarca nunca se viera un reloj cuando en 1679, cierto ruñán ó traficante en caballos, teniendo necesidad de componer uno de fábrica inglesa, lo confió á un ingenioso y diestro habitante de Sagne llamado Ricardo. Era este un jóven dotado de una feliz cuanto precoz disposición para las artes mecánicas y no solo compuso el reloj inglés, sino que concibió el proyecto de hacer uno igual. Como carecía de instrumentos y enseres, empezó por fabricár-

una eminencia ó un río, señalan el límite de la lengua francesa ó de la alemana, y los habitantes encerrados en el recinto de unas mismas llanuras, muchas veces no pudieran comunicarse sus ideas si no hubiesen adoptado un dialecto común. Semejante tolerancia se encuentra no solo en las personas de alguna instrucción, si no en todas las clases de la sociedad y en todos los puntos de Suiza.

Sin embargo, el canton de Neufchatel, á pesar de la larga residencia en él de los franceses, y de haber tratado de difundir allí los principios de la filosofía

de Rambouillet por esas dos lenguas meridionales ricas de poesía y de elevados conceptos, su decidido empeño en querer adaptar el francés mas rebelde no tan abundante ni armonioso, á los caprichos y las costumbres de su nación y de su época.

Prendada de las tranquilas voluptuosidades de pensamiento, aceptó el matrimonio como una concepción de orden, que evitaba á sus parientes el disgusto de tener que enterrarla doncella. El acto sacrosanto que encadena ordinariamente la libertad de las doncellas, fué para ella un motivo mas bien de eman-



Vista de Neufchatel.

seles y con ellos construyó un reloj desde la primera á la última pieza. Su obra fué admirada y se le encargaron otras iguales, lo cual fué para él de un poderoso estímulo, así como para su familia que le ayudaba. Ricardo hubiera querido conocer el mecanismo que empleaban en Ginebra para cortar las ruedas de los relojes, pero no habiéndoselo permitido los fabricantes ginebrineses, formó una máquina de su propia invención para este uso. Estableció en Locle una fábrica que despues de su muerte, acaecida en 1741, se multiplicó por medio de sus hijos y discípulos.

En 1739 fué cuando el arte de relojería hizo los mayores progresos en esta comarca y ha llegado hasta nuestros días la fama de los fabricantes Berthoud y Breguet, naturales de los valles de Neufchatel.

No terminaremos este breve artículo sin hacer algunas indicaciones acerca de los principales rasgos del carácter helvético.

El grande amor á la libertad que respiran en el aire de sus montañas, y la mútua dependencia en que los ha colocado un interés tan apetecido, los ha conducido naturalmente á una tolerancia religiosa muy estensa. Precisados á amarse por la misma naturaleza del suelo en que viven, y que siendo desigual y vario en todos aquellos puntos, á uno niega lo que á otros prodiga, han llegado á convencerse de que la caridad cristiana es el mas fuerte lazo político, y por lo tanto, el católico no vé en el calvinista mas que á un miembro de la gran familia helvética; por eso vemos que en muchos cantones en que la religion católica es la dominante, hay siempre varias personas que pertenecen á la otra, y es absolutamente difícil señalar por medio de las comunes relaciones la religion de cada cual, fuera de la hora del servicio divino, en la que unos se dirigen al sermón y los otros á misa, y aun á veces á la misma hora y en el mismo templo.

Semejante mezcla se observa bajo otros muchos aspectos, y siempre es la consecuencia de un espíritu igual; las asociaciones políticas se hallan tambien tan inmediatas como las creencias religiosas, de modo que la mitad de una aldea forma parte de un canton y la otra mitad de otro; y en una misma ciudad,

moderna, permanece aun empapado, digámoslo así, en ese antiguo espíritu religioso, resultado en todos los pueblos de la Suiza, de la simultánea influencia de las leyes y de las costumbres.

«A la hora de ir al templo, dice un viajero, la ciudad de Neufchatel parece desierta, y el cochero que debía conducirme al lago de Vicne, habiendo retardado su venida, se excusó con la necesidad de acudir á la iglesia; mas á este tiempo vino un guarda á decirle que tenia que pagar una multa por haber uncido los caballos antes de haberse terminado la oracion; y vi á este hombre, que con el pago de la multa perdió toda la ganancia de aquel día; pero se asligó menos por esto que por haber contravenido á la ley.»

EL PALACIO DE RAMBOUILLET.

HISTORIA DEL CULTERANISMO DEL SIGLO XVII.

La marquesa de Rambouillet es una de las mugeres que mas se han distinguido en el siglo XVII por la elevacion de su cuna, por el encanto de un natural inteligente y por la dicha que tuvo de ver agrupados en torno suyo á los talentos mas bellos de su tiempo.

Nacida en 1587 bajo el gobierno de Enrique III, vió comenzar y acabar los reinados de Enrique IV y de Luis XIII, y no murió sin haber disfrutado tambien de los primeros albores del reinado de Luis XIV. Su padre se llamó Juan Vivonne, marqués de Pisani: su madre, que era descendiente de la familia Sovelli, de origen romano, no quiso descuidar la educacion de su hija, y la enseñó las lenguas italiana y francesa, de cuyos primeros mas reservados fué iniciada con pasmosa rapidez. Interrumpidos sus estudios del latin por diferentes causas, en que entró por mucho una grave enfermedad, quiso conocer á fondo el español, que con el italiano formaba entonces parte de la educacion literaria de las gentes de calidad.

No hay peligro en atribuir al gusto de la marquesa

pacion, pues se casó con un honrado caballero, que tuvo á mucha gloria el compartir su nombre con una muger de tan rara distincion, enemiga de la coquetería, bella y jóven, que renunciaba á las delicias de la corte á la florida edad de veinte años. Su organizacion fina, exacta y delicada, preferia de mucho una conversacion instructiva á las prácticas insulsas de Louvre: por eso cifraba su mayor ventura en pasar los calurosos días de verano, leyendo á la sombra de los árboles del palacio, que mas tarde fué el palacio-cardenal, y mas tarde todavia el palacio real, y las largas veladas de invierno, recostada en su lecho, que circundaban como si fuera un trono, los escritores mas afamados de su país. Por un capricho estravagante de la casualidad, ella misma fué la que dirigió las obras de este palacio, que mas tarde debía ocupar en la historia de las letras un recuerdo intimamente unido á la celebridad de su nombre.

Aunque en Francia no ha faltado jamás lo que los franceses llaman el gusto de la conversacion, puede asegurarse que hasta fines del siglo XVI y principios del XVII, no tomó aquella ese vacío extraordinario que despues ha ido dilatándose en otra escala mejor hasta nuestros días. Cuarenta años de una asoladora guerra civil produjeron una lasitud general en las costumbres, dando origen á esas intimidades dulces y encantadoras, á las que las mugeres contribuyen de ordinario con sus gracias y delicadezas, y los hombres con la gravedad, la ciencia y la emulacion. Los cortes de Luis XII y de Francisco I habian dejado tradiciones de galantería, cuya autoridad no estaba menoscabada; quiso reproducirlas á toda costa, y la marquesa de Rambouillet fué la que tuvo el pensamiento de agrupar en torno suyo los primeros elementos de una sociedad escogida, representante de todo lo que habia en Francia mas distinguido en punto á gusto, imaginacion, saber y lealtad, entre los individuos de una nobleza, entregada á la sazón á la ociosidad de la vida doméstica.

Casi son ignorados de todo punto los nombres de los primeros concurrentes al célebre palacio; sin embargo, podian citarse entre otros á Ogier de Gombault,

nado por María de Médicis, á Vangelas, Mal-
y Racan, su discípulo.

que nosotros llamamos en el día opinión pú-
se alimentaba en aquel tiempo con las ideas
as por aquellos hombres superiores en el cir-
cierto por una muger ilustre; se esperaban y se
n sus palabras; se trasmitian de ciudad en ciu-
de pueblo en pueblo, por medio de la corres-
encia epistolar. La elocuencia del púlpito, la dis-
de la tribuna, la espontaneidad del periodis-
as las formas de publicidad conocidas despues
os siglos, iban á beber sus inspiraciones en
ntes del palacio de Rambouillet. La señorita
y ocultaba entre los pliegues de su vestido á
elle, del mismo modo que Fontenelle ocultó
de á Voltaire, y este último á todo un siglo,
jó entre el torbellino de sus ideas.

fecto literario establecido entre tan bellas al-
elevó algunas veces hasta los tiernos errores,
Racan uno de los mas incorregibles apasiona-
a marquesa de Rambouillet, por quien intentó
pecie de locuras.

novela, cuya boga sorprende, y maravilla des-
haberla leído, la *Astrea*, de Urfé, fué la pri-
oducción literaria, abortada en los salones del
Rambouillet. Este libro es en mucha parte
ria del autor. Hombre de calidad, amigo de
s, bello, arrugante, amable y apasionado,
ué prisionero de guerra durante la liga, aman-
largarita de Valois y de la célebre Diana de
morand, y mas tarde caballero de Malta; su-
dos maravillosos, que atestaron las églogas y
es de aquel siglo de sucesos y maravillas.

l trascurso de diez años, desde 1610 á 1620, el
de Rambouillet ensanchó su círculo para dar
á Balzac, Chapelain y Voiture. El primero con-
onces veinte y cinco años, el segundo veinte
y el tercero veinte y dos. Admitido tambien
misma época, Armando Duplessis, á la edad
s ó menos, de Voiture, se entregó con un celo
linario á su afición por la poesía, en medio de
adidades ya aplaudidas, de las que mas tarde
el protector celoso é interesado. ¿Quiénes
mugeres afiliadas á los misteriosos concilia-
este primer período literario? se ignora com-
te: con todo podemos hacer mención de Mag-
scudery, de edad de trece años, de la misma
e su amiga y compañera, la encantadora, la
ulla de Rambouillet, la hija de esa inmortal
sa, que hizo pasar á los hombres de letras de
estracción, desde el estado de domesticidad
y privada en que se encontraban á una con-
tas elevada en que apenas pudieron sostenerse.
rot, el poeta de Ana de Bretaña; Clemente
l de Margarita; Ronsard, poeta de Carlos IX;
Enrique III; Malherbe, Racan y Mainard, unidos
e de Enrique IV; Malleville, á Basompierre;
á Montmorency; Bois-Robert, á Richelieu;
al príncipe de Conti y Benserade al duque de
aunque dichosos todos por mas de un con-
su estado respectivo de domesticidad no te-
ndependencia de Voiture, independencia tan
el príncipe solia decir hablando de él: «Si Voi-
enebiese á nuestra clase no podríamos sufrir-
gun modo.»

n apreciarse con detencion las opiniones cri-
os escritores del siglo XVII, sobre el carác-
marquesa de Rambouillet, para convencer-
injusticia de algunas calumnias propaga-
ra ella, como la de que fué el sol de la
las preciosas. Cuando llegó á ser madre de
os, entre los años 1600 y 1610, solia llenar
que le quedaban libres con la pintura, el
la lectura. Su quinta hija, la célebre Julia.

1607. Menage dice, hablando de madama
illet «que era una muger admirable.» Voi-
elifica de divina en mas de un sentido, y
e explica de este modo: «Era bondadosa y
tenia un espíritu recto y justo, y á su virtud
se debió la correccion de las costumbres
is de su tiempo.»

20, esto es, á los veinte años de su funda-
mento del palacio Rambouillet habia unido
pre á los hombres influyentes y á los hom-
alento: habia creado de nuevo el reinado de
rsacion, el del estilo epistolar, el de la crí-
de la controversia, produciendo finalmente
dad superior á la de la corte, poco digna de
a aquella época en comparacion con aquella.
segundo período de su existencia la sociedad
io de Rambouillet, contó entre sus adeptos,
quesa de Sablé, amiga del autor de las *Má-*
á la princesa de Condé, esa belleza tan gran-
heróica, por su resistencia á Enrique IV.
última, entonces, muy cerca de cuarenta
mismo que la de Sablé y Rambouillet: la
Scudery contaba diez y ocho, Malherbe se-
inco, Vangelas y el cardenal de Richelieu
cinco, Racan treinta y uno, Ogier de Gomo-
nte y ocho, Balzac veinte y seis, Chapelain
cinco y Voiture veinte y dos.

istoria literaria no cita ni una sola línea: pro-
le la marquesa de Rambouillet, si se excep-
pitafio, cuya autenticidad es muy dudosa;
lente reserva debe cuando menos ponerla á
de los cargos que se fulminan contra ella,
r introducido el culteranismo en el estilo.
veridad de costumbres era practicada con

TOÑO II.

tanta rigidez en el círculo de la marquesa, que Voi-
ture estuvo espuesto á ser espulsado para siempre del
palacio, por haber intentado besar una mano á la poé-
tica Julia, despues de haberla acompañado de una
cámara á otra.

Corneille ha llevado al teatro en su *Mélite*, el tono
y las maneras del célebre palacio, dando ocasion á una
revolucion literaria, de que no supo aprovecharse tanto
como Moliere. En el prólogo de esta encantadora co-
media dice el autor lo siguiente: «Antes de *Mélite*,
no se habia visto nunca que la comedia hiciese reir

En 1630 se vió asistir tambien al sábio pórtico á
madama de Borbon Condé, hermana del gran Condé,
y del príncipe de Conti, y mas tarde á la famosa du-
quesa de Longueville. Al lado de la señorita de Con-
dé tomaron asiento (1635) la señorita de Coligny,
despues condesa de Suze, y madama Scudery, esposa
de Jorge de Scudery, mucho mas jóven y bella que
su hermana Magdalena, instalada desde mucho tiem-
po en la cima del Monte sagrado, al frente del primer
grupo de preciosas, aunque no escribió nada hasta el
reinado de Luis XIII (1643).



Estátua de Corneille.

sin personajes ridiculos, tales como criados, bufones,
villanos, rufianescos, tontos incomprensibles,
soldados fanfarrones y médicos ignorantes. *Mélite* ha
hecho efecto, por el contrario, con solo dar á conocer
las singularidades de ciertas personas de condicion
superior á la de los personajes que figuran en las
comedias de Plauto y de Terencio.» Esta obra, des-
pues de haber obtenido un suceso colosal, llegó á
formar escuela. Moliere la perfeccionó copiando, y él,
que debia burlarse mas tarde de las mugeres cutias,
no tuvo dificultad en ofrecerlas los principios del
gusto, de la conveniencia y de la urbanidad, prodiga-
dos en sus mejores obras.

Cuando Armand Duplessis, el poeta adolescente
del palacio Rambouillet, dejó los senderos floridos
del Parnaso para arribar mas pronto por otro camino
á las dignidades de cardenal, condestable, gran almi-
rante y primer ministro, y se ocupó con toda la per-
sistencia de su carácter en dar cima á los sucesos,
que por la historia conocen á nuestros lectores; el
palacio de Rambouillet abrió sus puertas inofensivas
á las víctimas de la política del cardenal, y sus salo-
nes se engrandecieron, sus jardines se poblaron de
nuevos huéspedes, que hubieran deseado no haber
conocido nunca otras luchas, que aquellas en que ve-
nian á tomar parte con el olivo en la mano, un pen-
samiento en la frente y un libro debajo del brazo.

Por esta misma época la ilustre sociedad adquirió
á Jorge de Scudery, Costart, Sarrazin, Conrart, Mai-
ret, Patru y Godeau, todos de veinte y cinco á treinta
años de edad. Malherbe habia dejado un gran vacio
con su muerte, ocurrida en 1628, y solamente Cornei-
lle podia llenarlo. Corneille tenia diez y nueve años
cuando verificó su primera entrada, con Rotrou, Scar-
ron, Benserade, Saint-Evremond, Charleval, y Menage,
precediendo al duque de la Rochefoucauld de
diez y ocho años, y al marqués de Salle de veinte y
uno. Este último fué mas tarde el duque de Montan-
sier, esposo de Julia de Rambouillet, hombre extraor-
dinario sin duda alguna, puesto que Boileau tan di-
fícil de gusto, Moliere tan inquieto, Flechier y Bos-
suet, los mas grandes poetas y los mas profundos
pensadores, no encuentran nada superior al duque,
ya sea en materias de arte, ya en cuestiones de gos-
to, ya en asuntos de honor ó en prácticas religiosas.

No nos parece, pues, tan mal frecuentada esa casa,
que ha querido presentarse á los ojos de la posteridad
como un nido de ridiculas, mayormente si se conside-
ra, que á ella es debido el incontestable honor de
haber producido la academia francesa, cuyos prime-
ros miembros salieron casi todos del palacio de Ram-
bouillet en esta forma: Antonio Godeau, Juan Ogier
Gombault, Juan Chapelain, Claudio de Malleville,
Valentin Conrart, Juan Desmarest, Saint-Sorlin, Gui-

Hermo Bantru, el conde de Serran, el marqués de Bacan, Guillermo Collet, Balzac, Vangelas, Voiture y Enrique, Luis, Huberto de Monmort.

Si la academia, escitada por el cardenal de Richelieu, publicó como primer síntoma enérgico de su existencia la crítica del Cid, no olvidemos que el palacio de Rambouillet se colocó al lado de Corneille, contra Scudery y la academia.

En 1641 se publicó la famosa Guirnalda de Julia, homenaje poético tributado por el duque de Montansier, á la que tres años mas tarde debía ser su muger. Se sabe, porque la obra existe todavía, que esta esquisita ofrenda consiste en una guirnalda dibujada é iluminada en vitela, por Robertet, é ilustrada con un texto escrito por Farry, único calígrafo cuyo nombre ha llegado hasta nosotros.

Aseguran las memorias de aquella época, que esta guirnalda fué hecha con la cooperacion de diez y ocho escritores. El duque de Montansier, los señores Arnauld de Andilly, padre é hijo, Courart, madama Scudery, Malleville, Collet, Hubert, Arnaldo de Corbeville, Tallemant, Martin Gombault, Godeau, el marqués de Briate, Montmor, Desmarts y dos anónimos. Cuando hace cuarenta y cinco años, se verificó la venta de los libros escogidos de Mr. de la Valliere, fué adjudicado á madama Chatillon el volumen que contenia la guirnalda por 58,040 reales vellón.

En aquel tiempo no se celebraba ninguna fiesta sin el auxilio fecundo de la mitología, que era una mina de alusiones, un pretexto para variar de trages, y un lenguaje hablado y comprendido perfectamente por todo el mundo. ¿Quién hubiera descifrado los versos de Malherbe ó de Chapelain, los discursos académicos, las novelas, las ceremonias anacrónicas del Louvre ó de Fontainebleau, sin un conocimiento exacto y minucioso de la theogonia pagana? Entre el rey y la nobleza, se hablaba la lengua heráldica, entre la aristocracia y los hombres de letras la lengua mitológica. Era aquel en cierto modo un pais ideal, una tierra quimérica donde el hombre de alto nacimiento y el hombre de la clase media, ó el hombre de la nada, se encontraban juntos sin enfrentarse y se ayudaban sin repugnancia.

En el círculo del palacio de Rambouillet, la mitología se hallaba en todo su esplendor como lo estuvo en Grecia en tiempo de los juegos olímpicos. Se juraba por Saturno, por Mercurio y Vulcano: se hacian sacrificios á las Gracias y se perdía la inspiracion á las musas del Monte Sagrado. Por eso, cuando Voiture regresó de España á sus queridos penates, esto es, cuando se vió de nuevo en París, en medio de aquellas bellezas, que habian llorado tanto su ausencia, se acordó celebrar su vuelta con una solemnidad digna de los dioses del Olimpo y de Voiture. El Olimpo fué el palacio de Rambouillet, y las diosas, hijas, mugeres ó hermanas de los dioses, fueron la marquesa de Rambouillet, la señorita de la Tremouille, la condesa de Brancas, madama Aragonets, madama de la Calprenède, la duquesa de Chevreuse, madama Deshoulières, la señorita de Monbazon, madama de Lafayette, la señorita Scudery, la condesa de Fiesque, la marquesa de Humieres, la señorita Paulet, y otra multitud de divinidades, de las aguas, de los bosques, del cielo y del infierno.

Quizá se nos califique de demasiado atrevidos, por lo que vamos á decir del lenguaje inventado en el palacio de Rambouillet, censurado tan ágramente por Moliere. Despues de haber reido mucho y de buena gana, como todo el mundo, á espensas de las Preciosas ridiculas, ¿hemos querido conocer el lado formal, si alguna vez lo tuvo, de esas maneras de decir adoptadas por personas, cuya estravagancia no podia resultar de ignorante groseria en las costumbres. Satisfecha nuestra curiosidad, la comedia de Moliere no nos ha parecido menos divertida; pero el asunto, francamente se nos antoja mucho menos risible que al grave escritor, colocado, no en la mejor posicion para juzgar á sangre fria, en vez de burlarse sin piedad como lo hizo. Contemporáneo Moliere de las llamadas Preciosas, no pudo menos de mofarse de ellas, á menos de permitir que se dijese de él mas tarde, que no tenia talento ni arrojó suficientes para explotar la fecunda mina de ridiculeces, que todo el mundo glosaba á su manera en la dulce intimidad del hogar doméstico.

Al cabo de los dos siglos que han pasado sobre las ilustraciones literarias del palacio de Rambouillet, bien podemos, pues, nosotros apreciar de diferente manera y con impasible justicia, las innovaciones filológicas, que tanto pábulo dieron á Moliere, entre otros motivos que no es del caso referir ahora, para ejercitar su punzante y festiva pluma.

No iremos mas adelante sin citar algunos nombres ya olvidados de los personajes admitidos á este célebre palacio, donde el nacimiento, ó una reputacion literaria bien adquirida, eran los solos títulos que hacian abrir las puertas y dispensar los sillones. Para

mayor claridad pondremos al lado de los nombres verdaderos, y en su mayor parte muy conocidos, de aquellos personajes, los pseudonimos de origen romano ó griego con que entonces se disfrazaron.

Nombres verdaderos.	Nombres puestos por las Preciosas.
Scarron.	Straton.
Marion Delorime.	Licina.
Teophilo.	Teófrasto.
El marqués de Montansier.	Menárido.
La señorita de Mancini, mas tarde la esposa del condestable Colona.	Maximiliana.
Menage.	Menandro.
Ninon de l'Enclos.	Ligdamisa.
La señorita Paulet.	Partenia.
El abate de Aubignac.	Horacio.
El duque de Longueville.	Leonidas.
El abate de Pierre.	Próspero.
Scudery.	Larraide.
Bussy.	Barcinio.
Lamotte le Vayer.	Melisandro.
Madama Scarron.	Stratonice.
La marquesa de Rambouillet.	Arténice.
Somaice.	Suzarrion.
Balzac.	Belisandro.
La señorita Scudery.	Sofia.
Benserade.	Berodato.
Madama de Calprenede.	Calpurnia.
El abate Cottin.	Clitífon.
Conrart.	Cleogercs.
Sarrazin.	Sesostris.
Brebœuf.	Dardesano.
Madama Deshoulières.	Dioclea.
Chapelain.	Crisanto.
La señorita de Lafayette.	Feliciana.
El principe de Condé y el duque de Enghien.	Los dos Escipiones.

Por la lista antecedente, que está muy lejos de hallarse completa, se vé que ni el rango ni la inteligencia faltaban á los académicos del palacio de Rambouillet, frecuentadísimo en sus mejores tiempos por los hermanos Corneille, que emplearon una multitud de giros poéticos acomodados al gusto dominante del palacio. Una lengua creada, empleada ó consentida, pues, por talentos tan exigentes en materias filológicas, ¿podia ser un conjunto de chocarrerías, un vocabulario delirante, una profanacion odiosa de las buenas reglas, tal y como Moliere, á fuerza de ironia, ha intentado puntarla á la posteridad? Nuestros lectores se convencerán de lo contrario, cuando les digamos que todos esos giros tan censurados, que todas esas estravagancias tan ponderadas, tienen hoy carta de naturaleza entre los franceses, en proporciones diversas de asimilacion, y aun con caracteres de antigüedad que las hace mas apreciadas. En prueba de esto vamos á col ocar al frente de las fórmulas adoptadas en otro tiempo, como las únicas buenas é irrepugnables, las locuciones equivalentes, inventadas en el palacio de Rambouillet, y que habiendo sido ridiculizadas por Moliere, se encuentran hoy establecidas de derecho, como acabamos de decir en la lengua francesa, de una manera imperecedera. Ningun episodio gramatical nos ha parecido mas curioso.

SIGLO XVII.

Locuciones consagradas.	Locuciones equivalentes inventadas en el palacio de Rambouillet.
Teneis el alma material.	Teneis el espíritu confundido con la materia.
Este olor es bueno seguramente.	Este olor es seguramente de calidad.
Estas gentes no hacen las cosas como deben.	Estas gentes proceden de una manera irregular.
Decis cosas muy comunes.	Las cosas que decis son vulgares y avillanadas.
Concebir mal las cosas.	Tener un entendimiento obtuso.
Baila bien.	Baila con propiedad.
Los dientes.	Los muebles de la boca.
Quedaos conmigo.	No os alejéis del alcance de mi voz.
Ser estimado.	Hacer papel en el mundo.
Me lisonjeais con vuestra cortesania.	Llevais vuestra cortesania hasta los últimos confines de la lisonja.
Afeitarse.	Lustrar su rostro.
Explicarse sin vacilar.	Explicarse sin incertidumbre.
Las megillas.	Los troncos del pudor.
La luna.	La antorcha de la noche.
Las lágrimas.	Las perlas de Iris.
Los libros.	Los señores mudos.
Estar melancólico.	Tener el alma sombría.
La moda.	El idolo de la corte.
Los oidos.	Las puertas del entendimiento.
El pan.	El sosten de la vida.
Palabras superfluas.	Inutilidades.
Me parece bello este pensamiento.	Segun mi parecer es bello este pensamiento.
Un proceso.	La fuente de los disgustos.
Reir.	Perder la seriedad.
Los ojos.	Los espejos del alma.

Si fijamos nuestra consideracion sobre estos modos de hablar tan generales en Francia como en España veremos que tienen todo el carácter de las perifrasis figuradas, aunque algunas parezcan un tanto violentas. Sea como quiera, tales son ó vienen á ser los giros de locucion, contra los que Moliere en Francia, Tirso, Luzan y Moratin en España, se levantaron tan coléricos y denodados, cual si se tratase de una nueva cruzada. ¿Qué dirian si los viesen hoy tan admitidos entre nosotros por los sectarios de la escuela culto-humanitaria, y aun por los mismos admiradores de su genio sublime?

El carácter elevado de la célebre sociedad comenzó á decaer con el casamiento del duque de Montansier con Julia de Rambouillet. Probablemente hubo resfriamiento y alguna escision entre los familiares, á ver pasar el astro de la casa á la esfera menos elevada del matrimonio. En esto llegó la Fronda, esa guerra de los salones contra los salones, y el duque se asoció á ella, rompiendo en aquella ocasion con sus antiguos amigos: fué herido combatiendo por la causa del rey y este triste suceso cubrió de luto á la casa por espacio de cuatro años.

Otros sucesos lamentables contribuyeron también á la ruina del monumento literario, que contaba medio siglo de existencia. Voiture se dejó morir en 1670 madama de Rambouillet perdió á su esposo: en 1673 su hijo primogénito fué muerto en la batalla de Nortlingen: en 1688 la mas jóven de sus hijas abandonó el palacio para casarse con el conde de Grignon, mismo que en terceras nupcias dió su nombre á la señorita de Sevigné. En una palabra, desde 1673 1688 el palacio de Rambouillet vió desaparecer en oscuridad de la edad ó de la muerte, á sus encantadores, graciosos, espirituales é ilustres asociados. Un año mas tarde los desiertos salones del palacio no albergaban mas que á una sola muger, la cual con cabeza doblada sobre el pecho y las manos cruzadas pasaba allí sus dias meditando en sus difuntos, que se llamaban los unos Voiture, los otros Malherbe y Richelieu.

Esta es la época (1643 á 1678) en que las literatas de otras sociedades nacidas de la gran sociedad del palacio de Rambouillet, fueron motejadas con el ridiculo epíteto de Preciosas.

Mucha erudicion se ha consumido en esta cuestion sutil, en que se trata nada menos que de separar las verdaderas Preciosas de las que por ningun título merecieron jamás semejante ofensiva calificativa. Nosotros ya hemos dicho lo bastante, para que sepa cual es en este punto nuestra opinion: dejamos pues, á un lado la estéril controversia, añadiendo solamente, que se pretende, y aun se prueba con muy buenas razones cronológico-literarias, que á la disolucion de la sociedad de la marquesa no se conocia todavia el burlesco sustantivo de Preciosas.

F. S.

UN AMIGO COMO HAY MUCHOS.

Antonio y yo habiamos nacido en un mismo pueblo el mismo mes de un mismo año, y con diferencia de pocos dias. Mi padre y el suyo habian militado en su juventud cuando la guerra contra los franceses habian pertenecido á un mismo regimiento y vivido juntos, y aunque despues variaron las condiciones cada uno, sin embargo permanecieron amigos. Mi padre, despues de heredar á los suyos, estaba considerado como rico, y el de Antonio, aunque no lo pasaba mal, gracias á sus negocios y trato de frutos y semillas, no tenia mas crédito ni concepto que el de escalador en corta escala.

Antonio quedó huérfano de madre á los pocos meses de su nacimiento, y esto fué causa tambien de que la mia se interesase por él, y de que desde muy pequeños nos reuniesen en el paseo, en casa y en todas partes: de este modo Antonio fué mi amigo de infancia. Creciendo á la par en tan íntima sociedad, pude decirse que nuestros juegos, nuestros gustos é inclinaciones se vaciaban en un mismo molde, acostumbrándonos de tal modo uno á otro, que llegamos á convertirse en inseparables. Antonio me queria mucho desde el primer momento de nuestra inocente amistad manifestó las mayores simpatias y el mayor interés hacia mi: cualquier perance que me sucedia en nuestros juegos era el primero en deplorarlo, á lo que casi siempre que me sucedia algo solia ser por su causa; sin embargo, cuando en el jardin de casa haciamos un columpio, yo era siempre el que mecia, y él quien se columpiaba, y cuando empesaban á madurar las uvas de la parra, las moras los higos que no podia alcanzar, era yo quien subia á lo alto, y él quien quedaba abajo. A pesar de todo debo hacerle la justicia de que cuando caian al suelo las frutas, comia él las que se abrian y me guardaba las que aun botaban, solo porque estaban mas enteras y no se habian manchado de tierra, y que una vez vino al suelo por haberse tronchado la rama en que sostenia, fué el primero que acudió al estanque para rociarme la cara con agua; se asustó mucho y me lloró. A tales pruebas de cariño, no podia permanecer mi corazón indiferente, mucho mas cuando por mi parte siempre el sacrificio de quedarse abajo. Esto quitaba que saliera yo siempre descalabrado cuando

¡Jugáramos á la piedra; pero al punto me ataba su pañuelo, y maldice de sí, protestando su buena voluntad. Cuando sorprendíamos un nido de pajarillos, se quedaba con el mayorcito y el fin, decía, de proporcionar el placer de criarlos y domesticar los pequeños á mi gusto, y cuando llegaba la hora de merendar, se arreglaba á quedarse con la mayor porción, aunque siempre solía hacerlo á su parecer por dejarme lo más rico. Lo cual me convenía y le dejaba hacer.

A un mismo tiempo nos metieron en un mismo colegio, y con este motivo aun estrechamos nuestras relaciones de camaradas. Por consideración á mi padre me tenían á mi algunas atenciones mas que á Antonio, lo cual me ponía de mal humor. Verdad es que manifestaba mas afición á hacer diabluras que á desgastar los libros, pero siempre me pareció consecuencia natural de su carácter bullicioso. Frecuentemente acontecía le castigaban privándole de comer los postres ó la merienda, y como venía á mí con aire contristado quejándose de la injusticia, partía mi escasa ración con él; otras veces, y no eran pocas, le dejaban sin juegos, es decir, castigado en la sala de lecciones escribiendo planas, mientras nuestros compañeros bajaban al patio. Entonces mi amigo, con el aire mas contristado y sentido, me persuadía de la ojeriza que le tenían los maestros, y yo me consagraba á hurtadillas á ayudarle en su tarea privándome de la mayor parte del rato de recreo por bajar despues con Antonio, aunque no fuera mas que un poquito. Esto acontecia cuando el castigo no era redimible con vales, pues aun cuando él no tenía nunca ninguno, hacia que mi cartera le cubriera un empréstito, con pretexto de ganarlos para pagármelos, porque no quería perjudicarme. Decía saltándosele las lágrimas. Debo advertir en honor suyo que cada lance de esta especie me le recompensaba ampliamente con un abrazo y un solo por tí estoy contento aqui. El padre de Antonio no le podía suministrar como á mí el mio satisfacción á todos sus gustos; yo recibía cada semana cartuchos de dulces, bizcochos y juguetes, y en estas ocasiones sobre todo, se convertía Antonio para mí en el mas cariñoso y tierno camarada. A tal estimación no podía rehusar nada.

Llegó la época de los exámenes, y hasta casi le anunciaron que por entonces no podría ni aun presentarse, lo cual era un sonrojo ante sus compañeros, ante su padre y ante los amigos, que no faltarían por considerar los adelantos que se hacían en el colegio. Ni en escritura, ni en gramática, ni en aritmética podía presentarse al concurso. Se nos habia propuesto en la clase de dibujo la composición de un ramo de flores que cada uno debía hacer particularmente sin intererencia del maestro. Ocho dias antes del concurso tenía yo bosquejadas mis flores y se las enseñé á Antonio. ¡Oh! Luis mio, me dijo al repararle, con esto solo que túvieras no tendría miedo. Si fueran mías, no temería ya las riñas de mi padre, ¡pobre de mí! Tú ganarás el premio de escribir, el de gramática, todos, y yo ni aun puedo presentar un trabajo. Si quisieras dejármelo hacer te debería.... Enternecido por lo que le reñía su padre, y porque tal vez sería causa de que le separasen sacándole del colegio, le dejé hacer mi dibujo, y aun lo ayudé á acabarlo la víspera de su presentación; me hice otro para mí que no valía la mitad, pues que yo me habia quedado tiempo, y cuando llegó el día de los exámenes presentó Antonio mis flores, que con sorpresa de todos tuvieron que calificar de sobresalientes. Antonio se llevó el premio de dibujo, que consistía en una bonita colección de grabados lindamente encuadrados. Verdad es que lo primero que hizo cuando lo tuvo en su poder, fué llegarse á mí y decirme muy calladito: tuyo es, no mio, cuando tú lo quieras está á tu disposición, para verlo, para copiarlo, para todo lo que quieras tú lo merecias. A mi corazón satisfacía tan sincera prueba de amistad.

Pocos años despues, el ayuntamiento de nuestro pueblo, rico en bienes de propios, quiso solemnizar la elevación al ministerio de un hijo natural de él. Con un rasgo verdaderamente digno de imitarse. Dispuso conceder dos pensiones de 6,000 reales á dos jóvenes nacidos en el pueblo, y que reunían ciertas condiciones. Para ayudarles á costear sus carreras en Madrid. Antonio, antes por favor que por reñir las condiciones propuestas, fué uno de los elegidos, y por cierto que al separarse de mí mostró todo el sentimiento de un amigo verdadero.

No tardé yo en seguirle instado por mi padre que quería viviese algun tiempo en Madrid á fin de relacionarme y completar mi educación, para lo cual me señaló una asignación muy decente. Mi amigo salió á buscarme en coche al portazgo y me recibió poseído de una alegría tan espansiva, que lisongé mi orgullo. Me presentó á sus amigos, me llevó á su casa, como era natural, se constituyó en mi obligado cicerone. Por no separarnos me invitó á quedarme con él en la misma casa de posada, en lo cual convine, quedando ambos instalados en habitaciones contiguas. Verdad es que no se pasaba mal en aquella casa, aunque desde entonces casi siempre fui yo quien pagaba la patrona por los dos, al paso que él era quien se apropió la mejor habitación y los muebles mas decentes y mas cómodos. Sin embargo, su trato era tan esmerado y sus consideraciones hacia mi tan esmeradas y cariñosas, que no reparaba yo en nada.

Antonio seguía sus estudios en la universidad, y como esto no le quitaba mucho tiempo, seguíamos ambos haciendo vida de verdaderos caballeros.

Una noche entró Antonio en mi cuarto con ademán despechado, y tirándose en una butaca, dijo:

—¡Acabo de meterme en un buen negocio! vengo del café, donde dejo pendiente un lance.

—¿Cómo?

—Nada chico; habia allí un oficial que no sabia que era sobrino de X.... el que pronunció ayer en los Córtes aquel violento discurso contra nuestro paisano, y yo troné contra él; sin dárseme á conocer entramos en cuestion, y se acaloró en términos, de haberme tratado muy mal; en fin, no habido mas remedio que quedar convenidos para mañana. Tampoco podia pasar por otro punto; ya sabes con el motivo que estoy pensionado; y el tio de ese tronera de oficial trató demasiado duramente al ministro; pero hasta aqui no hay nada de malo ni de particular, lo critico es que ya te acordarás que mañana tengo que sostener mi tesis de doctor, y me encuentro sin saber qué hacer; en ello me va la cabeza.... ¡Dios mio! ¿cómo arreglarlo?

Al considerar el abatimiento en que postraba á mi amigo el grave apuro de faltar á su honor ó á su deber, me sentí inspirado repentinamente de un pensamiento noble y generoso.

—No te apures, le dije; ves á sostener tu tesis de doctor, yo tomo la demanda del desafío; si el oficial se empeña en exigir satisfacción, yo se la daré por tí.

—Éres un ángel tutelar, exclamó Antonio estrechándose en sus brazos. Acepto tu magnánima abnegación, pero con condicion de revancha; añadió dándome una tarjeta que contenia las señas de la casa y nombre del oficial.

Desgraciadamente no hubo medio de transigir el asunto; el testarudo oficial estaba empeñado en romper el alma á Antonio ó al que saliera por él, y así fué en efecto; al primer disparo me atravesó un muslo haciéndome estar dos meses en cama.

Es fuerza confesar que durante este periodo guardó Antonio hacia mí las mayores atenciones: pasaba á la cabecera de mi lecho los dias enteros, y cuando yo iba mejor, traía á sus amigos á mi cuarto y para distraerme se jugaba, se cenaba y teníamos grandes panchadas; verdad que yo era el que lo pagaba; como que se tenían en mi casa; pero sin embargo no podían serme indiferentes tan espresivas muestras de afecto.

Algunas semanas despues de mi restablecimiento me buscó Antonio muy de mañana y me dijo: he concebido el plan de un viaje por Italia y Francia, que fijaría para siempre mi reputación política y literaria, y para ello no necesitaría mas que dos ó trescientos duros, que de seguro centuplicaría despues.

Por desgracia me hallaba entonces desprovisto de dinero. Los gastos de mi curación y de las cenas y panchadas habian consumido hasta un trimestre adelantado de mi pensión; pero á Antonio que se le ocurría de estas cosas mas que á mí, me sugirió el medio de expedir pagarés, con lo que gracias al crédito que gozaba por consideración á mi padre, conseguí la cantidad apetecida.

Verdad es que no pude pagarlos á su vencimiento, que mi padre vino á Madrid, y que tuvo que satisfacerlos despues de reprenderme con severidad; pero me consolaba de estos percances con el bien que habia hecho, considerando las cartas que de mi amigo Antonio recibia desde Roma, Florencia, Nápoles, Marsella, París, etc., y en las cuales me hablaba con inmenso entusiasmo de nuestra amistad, citándome á Castor y Pollux y las desgracias de Pilades y Orestes, y me hacia las descripciones mas interesantes de las costumbres y pintorescos sitios que recorría.

A su regreso vino á mi encuentro y tuvo la complacencia de mostrarme una porción de cajones de libros franceses é ingleses, y de magníficos grabados. Chico, no te ofrezco nada de esta colección porque ya sabes que mi amistad es á toda prueba, y no necesita de tales frusterías, y porque ademas, si no te enojas, pienso presentar estos grabados á una persona influyente; y estos libros á una señora que apoyará las pretensiones del destino que voy á solicitar. No me ocurrió hacerle objeción alguna, y aun animé y elogué su pensamiento, dándole consejos que acogió agradecido. En seguida hizo valer con sus protectores el duelo que habia sostenido por los principios dominantes en política, el viaje científico que habia emprendido por Italia y Francia hacia algunos meses, y supe poco despues con satisfacción que habia alcanzado del gobierno un nombramiento para el desempeño de una comisión importante.

El porvenir ya comenzaba á mostrarse risueño, y comencé á hablar muy alto de sus esperanzas y de lo que habia hecho por él la fortuna. No decía nada de mí, pero yo sabia apreciar la delicadeza de creer que la amistad no necesita de cumplimientos.

Un dia me rogó le presentase en casa de un rico consejero real, antiguo amigo de mi padre, y cuya casa frecuentaba yo bastante. El consejero tenía dos hijas, una llamada Elisa, joven, bonita y poseedora de gracias y talentos, y otra mayor que la primera y un poco desgraciada y defectuosa. Habia sentido alguna inclinación por Elisa y aun comenzado á obsequiarla; pero mi buen amigo me persuadió de que era la otra la que bajo todos puntos de vista me convenia, y como nunca habia podido dudar de lo que me decía, le creí y torné mis adoraciones hacia la pobre María, que los acogió con grande admiración y no poco agradecimiento. Antonio pidió la mano de Elisa y la obtuvo, y yo la de María, que tambien me fué concedida. Nos casamos en un mismo dia, y se dió un gran baile,

del que hizo los honores cumplidamente y fué la reina la esposa de mi amigo, en tanto que la mia se retiró á su habitación lamentando de la naturaleza que la habia tratado tan mal.

Falleció á poco nuestro suegro dejando á mi mujer la menor parte de sus bienes porque no le habia proporcionado brillantéz en el mundo, al paso que dotó generosamente á mi linda cuñada. En seguida falleció tambien una tia de nuestras mugeres estremadamente rica y en la cual mi esposa fundaba grandes esperanzas, pero quedaron defraudadas, pues dejó todos sus bienes á la muger de Antonio. La buena señora era tambien algo contrahecha, no tenía simpatías por nada que le reprodujese su defecto.

Entonces tuve ocasion de comprender cuán sensible y buena era el alma de mi amigo. Vino en persona á traernos el testamento de mi tia, y nos habló con tal resentimiento y emoción de su injusticia hacia nosotros, que nos hizo saltar las lágrimas. Cuando se retiró dejó sobre el tocador de mi muger una linda caja guarnecida de perlas y llenas de excelentes pastillas aromáticas, lo cual no dejaba de ser un bonito obsequio.

Aun me quedaba esperanza de heredar la fortuna de mi padre. Un dia recibí noticias de que estaba gravemente enfermo, y tomé un asiento en el correo para verle antes de morir. Al pobre anciano quedaban pocos instantes de vida cuando llegué á su lado, y entonces al verme hizo un esfuerzo para abrazarme, y vertiendo un mar de lágrimas, las últimas que debían rodar por sus mejillas, me dijo: hijo mio, perdóname.

Creí que pedia perdonase las reconvenções que algunas veces me habia dirigido durante su vida, y yo le juré que siempre habia hecho su deber, y que yo solo era el culpable.

Despues de su muerte se me esplicaron de otro modo sus últimas palabras. Mi padre habia comprometido su fortuna en jugadas de bolsa, y una vez lanzado en este mal camino, perdió primero, y con la esperanza de desquitarse, se arruinó despues. Para seguir viviendo con la comodidad que siempre habia disfrutado, tomó dinero á préstamo con crecidos réditos, lo cual fué causa de que al acabarse las liquidaciones no resultasen sino deudas que pagar. Los testamentarios me aconsejaban rehusase su herencia; pero yo no quise hacer este agravio á la memoria de mi buen padre. Regresé al lado de mi muger, á quien referí cuanto pasaba, y abundando en los mismos sentimientos que yo, vendimos lo poco que poseíamos y pagamos á los acreedores.

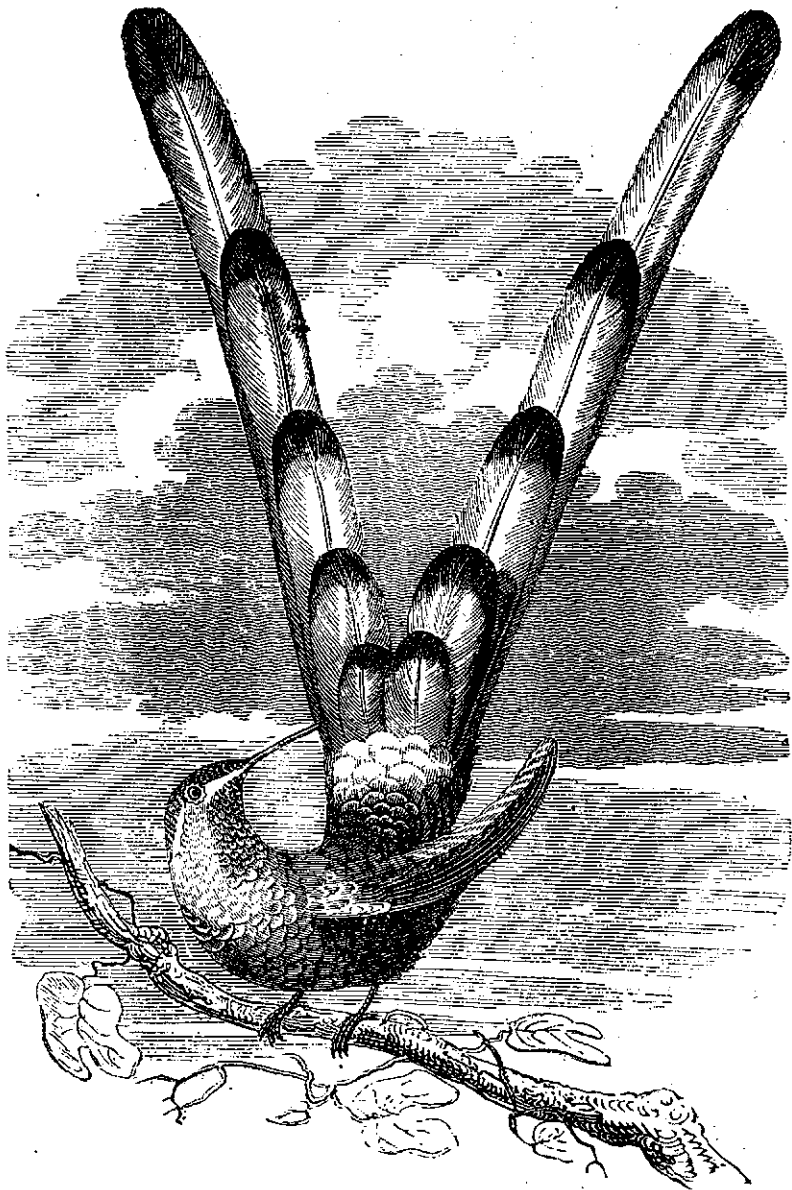
En tanto que se operaban estas tristes negociaciones, mi buen amigo Antonio hacia su carrera á pasos de gigante. Acababan de elegirlo diputado, y de primera entrada habia adquirido grande ascendente en la cámara. Era activo, diestro é influyente; los hombres de gobierno comenzaban á temer su oposicion, y los de su partido se llenaban de confianza cada vez que le veían subir á la tribuna. Sesurraba ya por lo bajo ofrecerle una direccion general ó una subsecretaria: noticias que me alegraban infinitamente, porque no dudaba que sería el momento de recurrir á su buena y constante amistad. Me dirigí, pues, á su muger, la que me recibió en su magnífico salon rodeada de una porción de jóvenes demasiado solícitos para permitir llegase hasta ella mi pretension.

Busqué á Antonio, que me acogió con la mas profunda cordialidad; he sabido tu desgracia, me dijo, y sé lo que es menester. Por ahora necesito de una persona de toda mi confianza que organice algunos apuntes para un folleto, y que ponga en limpio mis discursos; ¿te conviene esta plaza? Acepté muy satisfecho, y desde aquel momento me instaló en un gabinete del último piso muy retirado. Antonio venia allí de cuando en cuando por una escalera escusada á darme algunos datos y apuntes, con lo cual redacté un folleto de oposicion acerca de los obstáculos que oponia el gabinete que mandaba, al desarrollo de las instituciones políticas y al bien estar de los pueblos. Este folleto le valió mil elogios de los periódicos de su partido, los cuales le insertaron íntegro, y fué un golpe mortal para el ministerio. Yo no veía de contento por el buen resultado de mis tareas.

Pocos dias despues tuve la satisfacción de ver tambien insertado en los periódicos tal y como habia salido de mi pluma un largo discurso que pronuncié en sesión de córtes, y por el cual le felicitaron por la noche con una magnífica serenata. Mas tarde otro discurso mio acerca de una cuestion de amnistia de emigrados políticos puso en conflicto al ministerio, y por último le derribó un tercero que versaba sobre la inversión de las contribuciones, valiéndome á mi buen amigo Antonio el encargo de la formacion de un nuevo gabinete.

Desde mi rincón observaba todo esto que eran para mí otros tantos triunfos, y en honor de la verdad debo advertir que mi amigo Antonio, no obstante su elevada posición, no estaba conmigo mas orgulloso que antes. Cuando entra en mi apartado gabinete me aprietta siempre la mano con efusion, cuando me encuentra en la escalera me saluda muy amistosamente, y cuando por la calle pasa á mi lado, repara en mi algunas veces. Y por lo demas, para manifestarme de un modo evidente que no me confunde con los demas empleados, mi buen amigo lleva su distincion al extremo de no satisfacerme honorarios ningunos.

AVES ESTRANGERAS.



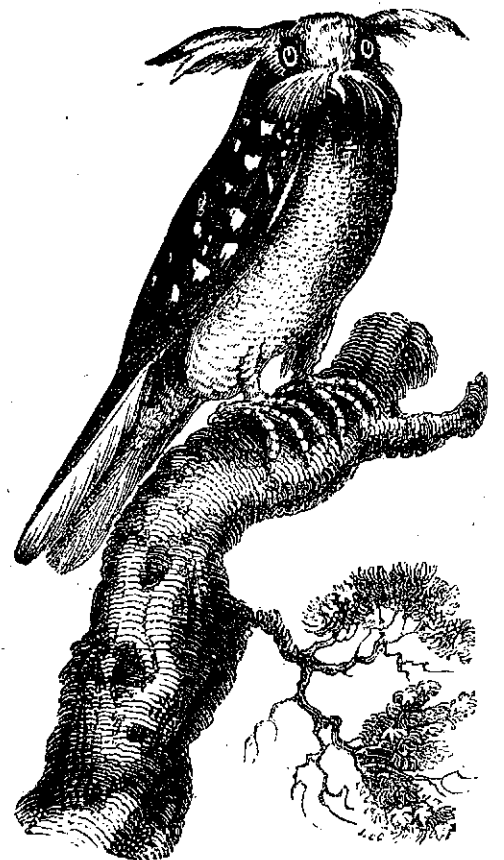
Pájaro mosca Saja.



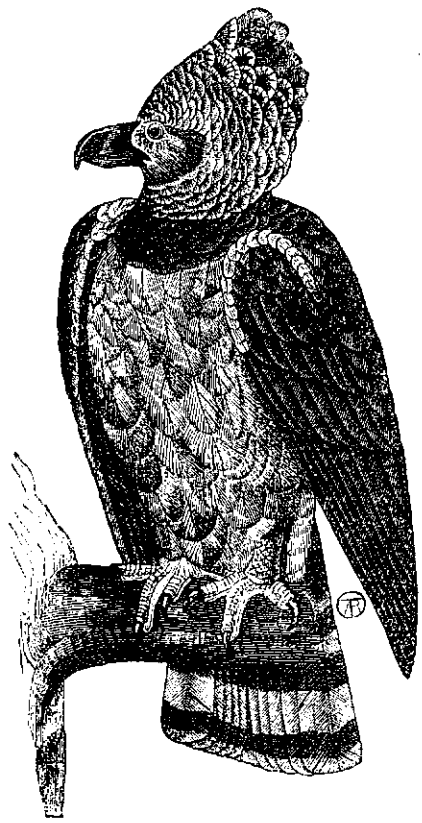
El pájaro mosca.



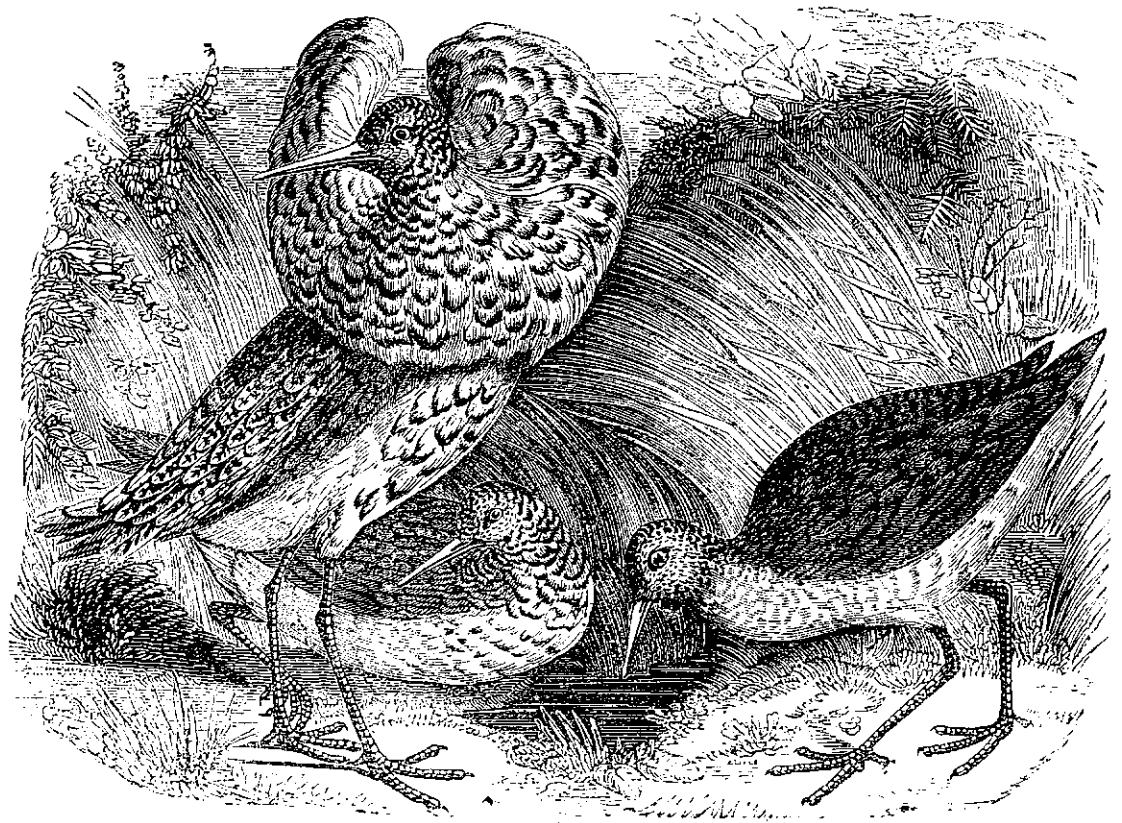
Halcon vencedor del hurou.



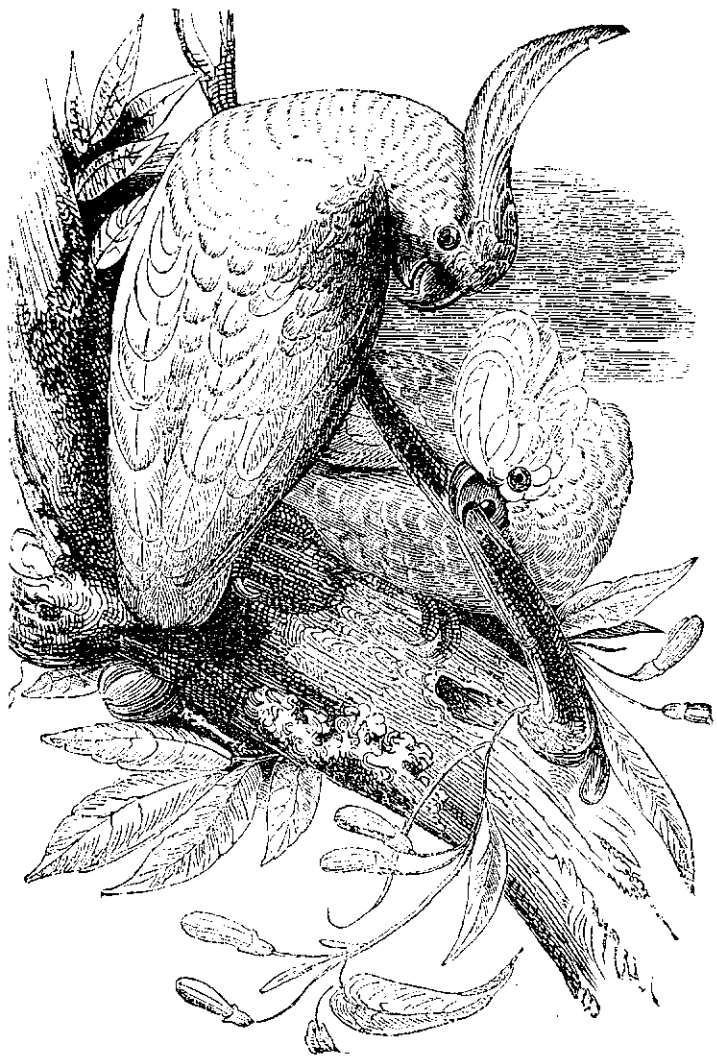
El buho de la Guyana.



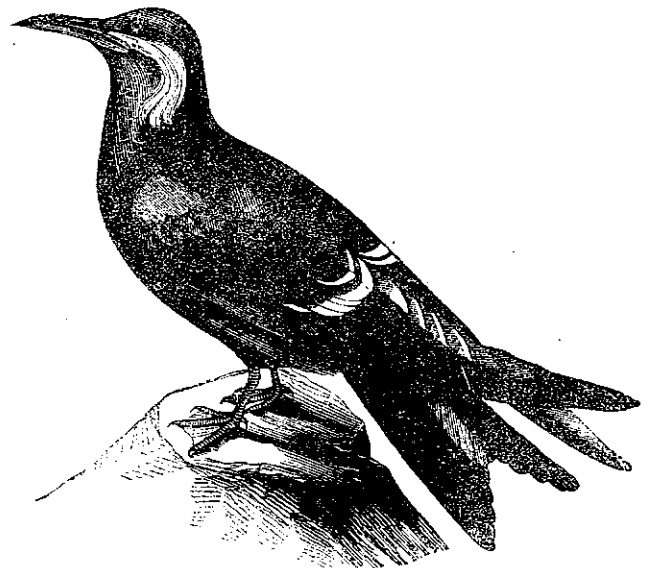
La harpia de América.



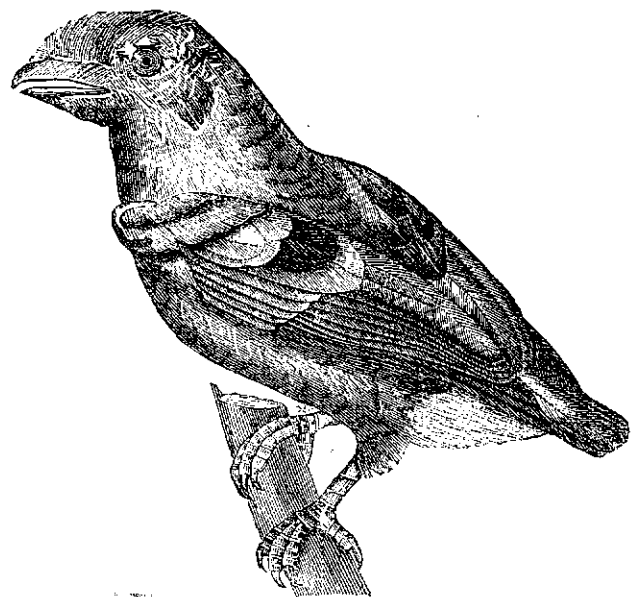
Los combatiñentes.



Papagayos.—Los kakatoes.



Golondrina de mar de los Incas.



Rupicol verde.

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Casualidades.

A veces se combinan las cosas de tal modo, que cualquiera diría que hay un diablillo oculto, algún espíritu maligno que, cual un autor dramático impulsado por la triple aspiración (inspiración quise decir), del deseo de hacerse célebre, llenar sus exhaustos bolsillos y su estómago vacío, ó lo que es lo mismo, iluminado por la vanidad, la pobreza y el hambre, prepara con singular acierto las más extrañas peripecias é insólitos desenlaces.

Como indiqué en el capítulo primero del tomo I, contra su costumbre había salido don Juan de su casa á las doce del día, satisfecho y hasta enjugándose las lágrimas de ternura, que hicieron asomar á sus ojos los halagos de su esposa.

Mientras se dirigía al palacio del virrey, iba echando sus cálculos para complacerla sin perjuicio de algunos compromisos que, de un momento á otro, temía verse obligado á llenar. Se había metido en una vasta especulación mercantil, en la que debía doblar sus capitales en seis meses, ó al menos realizar ganancias exorbitantes, y esperaba ciertas letras de cambio, pagaderas á la vista, y no había en caja más que el dinero suficiente para satisfacerlas. Y como él tenía la costumbre, que con los años había degenerado en manía, de no hacer compra alguna sin pagar en el acto, y no quería tomar dinero á interés, pedirle prestado, empeñar una finca, ó hacer cualquiera demostración que en aquellos momentos pudiese dar que sospechar de su crédito, y su día se aproximaba, y era aquella la primera cosa que directamente le pedía Emirene desde que eran casados, confuso é irresoluto, recapacitaba aun don Juan, cuando entraba su cochero por la plaza Mayor, donde estaba el palacio vireinal.

Fácilmente se comprende que por más rico que sea un comerciante, puede encontrarse á veces en situación de no poder disponer en el acto de veinte miserables talegas. Siendo el crédito la primera condición para acometer con éxito cualquier empresa, aunque superior á los verdaderos recursos con que cuenta el que lo tiene, necesidad fuera esponerse á perderle, ó á ponerle en duda en uno de esos momentos críticos, en que la menor desconfianza basta para echar por tierra los planes mejor combinados y las esperanzas más fundadas.

Entonces el crédito es un tesoro, un agente más poderoso que los mismos capitales que representa. Es un misterioso talisman, capaz de convertir en oro las piedras y hacer algo de *nada*. Entonces el dichoso mortal que lo posee, realiza en la tierra el *fiat lux* del Hacedor en los cielos, mudando la palabra *lux* en la de *aurum*; secreto que, sin poseer la piedra filosofal, han logrado encontrar á fuerza de continuas vigiliat y laboriosas investigaciones los administradores, albaceas, tutores y curadores *honrados*, y sobre todo, los *integros* comerciantes que consiguen hacer por tres veces bancarota fraudulenta, siendo estas tres robos distintos, y uno solo el modo de estafar al prójimo.

Imposible que consideraciones de tanto peso se ocultasen á la perspicacia y experiencia de don Juan, que, aunque nunca había abusado de su crédito, repetidas ocasiones se espuso á arruinarse en su larga carrera comercial, si bien, favorecido siempre por la fortuna, salió airoso de todos sus compromisos.

Sacó de su honda meditación el ruido de la portezuela del coche, que abrió su lacayo, dándole á entender que habían llegado al parage designado.

Bajó don Juan con muy mal gesto, y empezó á subir lentamente los escalones de la gran escalera de mármol, que conducía á las habitaciones de S. E.

Antes que pronunciara su nombre y digese el objeto de su visita, el portero, deshaciéndose á reverencias, le manifestó que tuviese la bondad de esperar dos minutos, porque S. E. estaba en conferencia con dos capitalistas; pero que con él no hablaba la consigna, é iba á pasarle recado al punto.

A poco salieron los comerciantes con aspecto sañudo, y con una fatuidad y altanería que chocaron á don Juan, á pesar de estar acostumbrado á presenciar escenas semejantes.

—¡Tal... tal... se dijo, el virrey les ha hecho alguna sangría de real orden.

La aristocracia intrusa del dinero campeaba entonces en el nuevo mundo soberbia y triunfante, gracias al favoritismo y á la corrupción de que hacía alarde la corte de Carlos IV. La venalidad estaba en su auge, y aquella gente la más considerada, por cuanto era la que se encontraba en disposición de hacer mayores sacrificios pecuniarios. Abandonada la pobre España á un monarca,

Prostrado á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes exaltado (1).

La corrupción, demasiado grande antes de esa época, cundió á manera de un voraz incendio, á la sombra de los abusos y de la impunidad, patrocinados por una pandilla inmoral, que á trueque de tener con que satisfacer sus costosos caprichos y fomentar sus vicios, exasperaba á las colonias con sus tiránicas exigencias y las predisponía á un alzamiento general, como el que se realizó apenas se les presentó una ocasión favorable.

Podría estenderme sobre este tópico, y referir hechos muy curiosos; pero la naturaleza de esta obra no lo permite, pues tendría que entrar en explicaciones y detalles que me llevarían muy lejos: me contentaré por lo tanto con recomendar á los lectores, amigos de hojear manuscritos y libros, el capítulo VII del libro II del Ensayo sobre la Nueva España de Humboldt, y á los que estén ó vengán á Madrid, el tomo 88 de la preciosa colección inédita del señor Muñoz, existente en la biblioteca de la Academia de la Historia, donde se halla una carta fecha en Méjico el 2 de mayo de 1795, en la cual se lee, entre otras cosas, lo siguiente:

«Este reino (Méjico) se mantiene tranquilo, aunque les hacen la guerra á los pesos duros. En estos días ha habido juntas de comercio, miseria y hacendados, presididos por el señor virrey para un donativo gracioso, pero mas ha tenido visos de involuntario ó forzoso, segun la aspereza con que han sido recibidos algunos individuos. Se ha propuesto dicho señor virrey remitir en el mes de octubre quince millones de pesos por cuenta del rey, y pareciendo imposible que los puede juntar, esperamos tome alguna providencia poco cuerda, que exaspere los ánimos de estos habitantes.»

Esta muestrita puede dar una idea aproximada de lo que se haría en otros puntos.

El virrey recibió á don Juan con marcadas señales de benevolencia, y tendiéndole la mano, despues de los cumplimientos de costumbre, le dijo con gran sorpresa suya:

—Sin disputa, don Juan, vuestra contrata es como siempre, la más razonable y equitativa. Sin gravar á la nación, le ofrece utilidades y mejoras muy dignas de tenerse en cuenta. Yo, que no puedo menos de mirar con el mayor desvelo los intereses de S. M. (Q. D. G.) (aquí el virrey inclinó levemente la cabeza, y se quitó el bonete de terciopelo carmesí, bordado de oro, que acostumbraba usar), y de los pueblos confiados á mi celo, no he titubeado en preferirla á las demás. Tomad, ya está firmada.

Don Juan le dió las gracias, y contestó en pocas palabras, que por su parte trataría de cumplir, como siempre, todos los artículos de su contrata, aun cuando nada ganase en ella, como le había acontecido en la pasada guerra con los ingleses.

Sacó en seguida el virrey una real orden fechada en Aranjuez, y le suplicó que pasase los ojos por ella.

—Pero señor, exclamó don Juan apenas leyó las primeras líneas, ¿en qué gasta S. M. tanto dinero? Además de las contribuciones y crecidos derechos que pagamos anticipados, cada seis meses se nos exige un donativo voluntario que nos arcauta, y V. E. sabe que el comercio está postrado, que hemos sufrido pérdidas de consideración, y...

—Amigo mio, repuso el virrey interrumpiéndole, bien sabeis que yo no hago más que cumplir, con tanto pesar, las órdenes terminantes que se me transmiten. Cansado estoy de representar al gobierno de S. M. sobre la situación angustiosa en que se encuentran los pueblos. En vano: á todo me contestaba el señor Godoy que las cajas reales están exhaustas, y que el Perú, país clásico de la plata y el oro, no debe quedarse atrás de las demás provincias que, sin poseer sus riquezas ni recursos, hacen quizás más sacrificios que él.

—Ya, añadió don Juan devolviéndole la circular, con cierta risita maligna y aire burlon, que no dejaron de chocar á su egregio Mecenas; ya, en mi patria se figuran que por aquí se encuentra el dinero tirado por el suelo, y que no cuesta más trabajo que el de recogerlo.

—¡Pues! continuó el virrey en el mismo tono tomando una pluma y papel; y como los comerciantes de Lima han sido bastante ricos para *enlazar con plata maciza* la calle principal por donde pasó el duque de la Plata el año de 1682, cuando vino á tomar posesión de su gobierno; como ha habido por aquí beneficiados de minas que han dotado con dos millones y medio de duros á sus hijas, y no se ha perdido la memoria de las imágenes, pilares, sillas, planchas, caños, alhajas, árboles, fuentes y animales de oro y plata macizos, que se repartieron los primeros conquistadores (2); parece muy natural que á los que habitan en este nuevo Pacto, se dirijan principalmente los ministros de S. M. seguros de que aprovecharán gustosos cualquier ocasión que se les presente, de hacer alarde de su patrio-

(1) Espronceda.—Oda al Dos de mayo.

(2) Todos estos hechos son históricos, y entre los muchos autores que hacen mención de ellos, citare á tres de los más conocidos por sí alguno cree que hay exageración. El primero se encuentra en *Lebronne*, Geografía universal—art.—sobre Lima, que lo ha tomado de los viajes de Lesson; el segundo en *Angéles*, Colección para la historia antigua y moderna, etc. t. II.—Discurso preliminar á la descripción de Potosí; y el tercero en *Garcilaso*, Comentarios reales de los Incas, t. II, cap. XXV al XXXI inclusive.

tismo, liberalidad y amor al soberano.—Vamos, don Juan, ¿con cuanto contribuis?

—Con 500 duros, respondió él.

—Hombre, es muy poco.

—Poned 1,000, añadió.

—Vaya, pondré 1,800 y no hablemos más.

—¡Pst! exclamó el contribuyente voluntario inclinando la cabeza y alzando los hombros en señal de asentimiento; y el delegado del monarca apuntó la cantidad convenida.

Al mismo tiempo entró un lacayo con una carta.

El virrey, pretestando que tenía que ir á la audiencia, se despidió de don Juan, que no veía el momento de salir á la calle.

—Pronto, Yuca, pronto, gritó á su cochero, apenas se vió en la puerta del palacio vireinal, llévame á casa de don Carlos Nadaal.

Don Carlos Nadaal era el famoso asentista que había tenido, en el trienio que acababa de espirar, el mismo negocio que contra todas las probabilidades, cuando menos lo esperaba, había obtenido don Juan hacia algunos instantes, con la facilidad que hemos visto.

—Vamos, se decía él, no cabiendo en sí de gozo y sin hartarse de mirar una y otra vez la firma del virrey, mientras volaba su ligero carruaje sobre el fácil empedrado de las estensas calles de Lima, tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos; vamos, esta visto: cuando la fortuna quiere proteger á un hombre, sale á su encuentro antes que piense en solicitarla. No creí que entre cien proposiciones fuese la mía la favorecida. ¡Pardiez! ¡poco habrán intriguado! tengo en mis manos el abasto de los fuertes del Callao y de toda la costa del Perú por tres años! En verdad, en verdad que soy el hombre más afortunado que existe debajo de las estrellas—yo, que en esta ocasión, desanimado por el número y la calidad de los pretendientes, no había visto á nadie, ni buscado empeños para congraciarme con el virrey, consigo lo que no han podido mis poderosos y altos rivales, con todas sus intrigas y ruines manejas. —¡Frioler! sin defraudar al tesoro ni fallar á mis compromisos con el gobierno, puedo ganar realmente, despues de satisfechos todos los gastos, 30,000 pesos cada año. Ahora sí, Emirene, que podré complacerme, sin temor de comprometer mi buen nombre. Dichosa casualidad que me hace hoy feliz, pues me libra del terrible compromiso en que iba á hallarme si á todo trance me empeñaba en satisfacer los terminantes deseos de la muger, por cuya felicidad soy capaz de sacrificar, sin vacilar, mi vida, mi reputación y mi fortuna....

Todavía divagaba don Juan por los espacios imaginarios, cuando se paró el coche en la puerta de la casa del acaudalado comerciante á quien iba á ver.

Como los dos eran del oficio, fácilmente se pusieron de acuerdo.

Don Juan sacó la escritura, y le dió á entender con cierto aire desdichoso, que abrumado por tantos negocios, apenas podía atenderlos, y descarta encontrar en este algún fuerte capitalista que mediante cierta suma se conviniere en entrar á medias con él.

—Para esto, añadió, ninguno me ha parecido mejor que mi apreciable amigo don Carlos, que le ha manejado y sabrá por experiencia lo que puede producir.

Sea desconfianza de la necesidad perentoria que tenía su cofrade de dinero; ó espíritu de especulación, Nadaal le contestó con afectada indiferencia, que el negocio, aunque bueno, no era tanto como se decía que en este, como en todas las cosas, se exageraba mucho, y que le aseguraba bajo su palabra de honor, que en el tiempo que le tuvo á su cargo, sus ganancias habían sido muy moderadas.

Signieron hablando en este sentido, hasta que don Juan, convencido de que nada sacaría de él, si no le ofrecía una ganancia leonina, se convino en cederle todas las utilidades de la contrata, mediante 40,000 duros, satisfechos del modo siguiente: 20,000 en el acto, y el resto en una letra pagadera á los seis meses; esto es, se convino en darle 3,000,000 de reales al fin de los tres años por los 800,000 que le adelantaba.

Era preciso ser tan rico como don Juan, y estar tan acostumbrado como él á los favores de la fortuna, para admitir semejante convenio.

Nadaal abrió su cofre fuerte, sacó un talego que contenía 2,000 onzas, y vaciándole encima de su escritorio, ayudado de su amigo, contó en breve la cantidad señalada.

Mientras este firmaba el competente recibo, un dependiente del primero llevaba al coche por orden suya, los 20,000 pesos en oro que acababan de contarse.

Diez minutos despues se hallaba don Juan en la platería, donde su muger había dejado apalabrado el consabido aderezo: constaba este de un collar, dos pulseras, un prendedor, zarcillos y un magnífico sortilario; todas estas alhajas eran de riquísimos brillantes, y de un mérito y hermosura tal, que no extraño el complaciente esposo la singular predilección que les profesaba su *carísima* mitad.

Cuando don Juan tuvo en su mano la anhelada caja que contenía estas bellas chucherías, gozándose de antemano en la alegría de Emirene, se le ocurrió la idea de sorprenderla, haciéndola llegar á sus manos de un modo ingenioso é inesperado para ella.

Preocupado de esta idea, dió orden al cochero que fuese á esperarle á espaldas del convento de Santo Domingo, mientras él, con paso precipitado, se dirigía á su casa.

Justamente era aquella la hora en que Emirene acostumbra á encerrarse en el pabellón, ó sea gabinete de estudio, cuya descripción ha quedado aplazada para más tarde; allí pasaba tres ó cuatro horas diariamente, bordando, leyendo, cantando, tocando el piano, dibujando, ó tendida en el sofá, en la otomana, ó en una preciosa hamaca de seda, tejida con hilos de plata, y las hermosas plumas de los pájaros más bellos de las regiones tropicales, la cual pendía enrollada de la pared, aguardando á que su caprichosa señora se dignase extenderla, como una malla de oro, coral y nácar, para posar en ella sus delicados miembros. Te aseguro, lector, que perderías el juicio, si hubieras visto como yo á mi hechicera peruana, en las horas más fuertes del calor, descolgar su floante lecho, y con toda la voluptuosa indolencia de una americana, dejarse caer y envolverse en aquella red trasparente, como la reina de la noche en su manto de estrellas, sin que ninguna gasa maldecida encubriese sus blancas espaldas, ni sus torneados brazos, ni sus seno de azucena, velado á medias... Entonces te convencerías que no exagero nada cuando te digo, que sus megillas eclipsaban la brillantez y el luciente colorido de las plumas, sus cabellos y su cutis la suavidad de la seda, su pecho, sus brazos y su garganta, la tersura de los delgados hilos de plata....

Gorgeaban en tanto sus canarios y gilgueros, colocados en una gran pajarera, bajo el tupido ramaje de la gloriosa cercana, y algunas aves extrañas acudían atraídas por el canto de los prisioneros, y se posaban en la penachuda copa de los coronillas, en las flexibles ramas de los sarandíes, ó en las mismas rejías de los balcones, rozando con el ala los pintados vidrios, donde el sol reverberaba su ardiente luz, ténue y amoriguada al atravesarlos.

A veces la divina criolla, por medio de un cordón atado en el pasador de una de las ventanas, comunicaba á la hamaca un leve movimiento de oscilación, y se balanceaba como el *Quezal* (1) al abatir su pausado vuelo en torno de alguna gigante palmera; y se dormecía al son de sus cantos, pensando en las galas que se pondría esa noche, en el baile á que estaba convidada, etc.

Advierto que este *et cetera* significa mucho, muchísimo, y que es preciso no olvidarlo (2).

Volvamos á don Juan, que estas son cosas que se han de tratar en secreto y muy reservadamente para no abrir los ojos á los jóvenes antes de tiempo. ¡Pobrecitos! son tan cándidos é inocentes!

Con más astucias que un gato,
Mas agallas que un tauro (3).

Volvamos á don Juan, repito, y no nos metamos en mas honduras.

A pesar del ingente sacrificio que le costaba el capricho de su esposa, pues deseoso de complacerla cuanto antes, se había dejado á sabiendas estafar por Nadaal, se creía ampliamente recompensado con el gran placer que suponía iba á causarle, al ver con cuánta facilidad y presteza accedía á sus ruegos, li-sonjeando su vanidad de muger, al par que escitaba en ella el sentimiento de la gratitud, tan natural en los corazones que el mundo no ha corrompido todavía, y más susceptibles por consiguiente, de nobles y generosas impresiones.

Lleno de tan lisonjeros pensamientos llegó don Juan á su morada, y subió la escalera, sin saber aun como había para entrar sin ser visto ni sentido. Estuvo un breve rato en la puerta, sin atreverse á llamar, cuando la casualidad, ó más bien el diablillo malévolo á quien acusábamos, al comenzar este capítulo, de coordinar á veces las circunstancias con tan singular acierto, hizo que una de las criadas abriese para salir.

Don Juan, veloz como el pensamiento, la tomó del brazo, la atrajo hacia fuera, y le preguntó donde estaba Emirene.

—En la sala con visita, mi amo, contestó la negra.

—Bien, añadió él en voz baja, ves adonde ibas y no digas á nadie que me has visto entrar.

—Descanse vd., mi amo.

La idea de don Juan era poner el estuche debajo de las almohadas de la cama de su esposa de modo que pudiese percibirlo, cuando después de comer fuese á recostarse para dormir la siesta, según su costumbre.

Por desgracia dicha alcoba quedaba contigua á la sala, y era de temer que Emirene, estando tan cerca le sintiese, al abrir una puerta, siempre cerrada con llave á esa hora, y que para entrar en ella debía antes abrir don Juan.

Era muy probable, además, que estuviesen recogidas del todo las cortinas de damasco de la puerta de la sala que comunicaba con la alcoba; y en ese caso, también era de temer que Emirene, ó la persona que estuviese con ella, le viesen; pues el sofá quedaba en frente de la referida puerta.

Aun teniendo la suerte de salvar todos estos inconvenientes, quedaba en pie el más temible de todos: su hijo Ramiro que estaría en el cuarto del ama, uno de los que él tenía que atravesar, ó por allí cerca, y que apenas lo viese, empezaría á gritar: ¡Papá!

¡papá! armando tal bataola, que toda la casa se enteraría al punto de su llegada.

—Diablo de chiquillo, reflexionó don Juan, si me ve no habrá forma de hacerle callar hasta que le tenga en brazos media hora; y si no le tomo, ó le pongo mala cara para que no grite, llorará como una Magdalena.

No es extraño que le asaltase esta reflexion, si se considera la idolatría con que amaba á su hijo, que además de ser el primero, era un vivo retrato de Emirene, y manifestaba una comprensión é inteligencia rarísimas en su tierna edad de veinte y ocho meses.

No es extraño: porque la primera cosa que hacia al entrar de la calle, era preguntar á su esposa por su ángel (no le daba otro nombre); si estaba despierto, le tomaba en brazos, le daba algún juguete nuevo y le hartaba á besos.

Si dormía, se acercaba á su cunita; descorría las cortinas y se quedaba estasiado contemplándole hasta que venía Emirene y las cerraba, diciéndole que los mosquitos iban á quitarle el sueño.

El niño, por su parte, correspondía con un admirable instinto, al amor entrañable del autor de sus días. Desde lejos, apenas le divisaba, saltaba de placer, erguía la cabeza, le tendía las manecitas, y cuando se veía en sus brazos, hacia tales demostraciones de alegría y cariño, que cualquiera al contemplarle se hubiera enternecido, y envidiando la felicidad de su padre, sentido como él, humedecerse sus ojos y dilatarse el pecho, libre de toda congoja y de ingratos recuerdos.

Con mucho gusto seguiría disertando dos horas sobre este tema, si no temiera que el capítulo presente salga tan extenso como los demás: ya se sabe que lo que dura mucho acaba por fastidiar (4).

Teniendo en consideración esta y otras poderosas razones, he resuelto en adelante escribir mis capítulos más cortos, ya para entrar en la vía de las reformas, siguiendo el ejemplo de toda la Europa (escepto España á Dios gracias), ya para no caer tan á menudo en la tentación de incurrir en mis sempiternas digresiones que estoy cierto,—al fin—acabarán por comprometerme y causarme algunos malos ratos.

CAPITULO II.

Siguen las casualidades.

¿Dónde estábamos?... ¿Eh? Me parece... pienso... ¡Ah!... sí... ya me acuerdo!... Se trataba del niño, del afecto entrañable que le profesaba su padre, del temor que le viesen al pasar y le descubriesen, etc.

Ocupábase, si mal no recuerdo, en demostrar las dulzuras del amor paternal, siguiendo el hilo de una reunión de casualidades, que no pueden explicarse sin entrar antes en detalles muy minuciosos (2).

Pensando, pues, en el niño, en la puerta cerrada y en las cortinas de la sala, se detuvo don Juan indeciso en la mitad del corredor, inclinándose ya á volverse atrás, cuando una suave carcajada que vino á herir sus oídos, le hizo pensar que embebidos en la conversacion no le verían acaso, ni oirían el confuso rumor que podría hacer la puerta, al volver la llave ó al girar sobre sus goznes; y que tal vez Ramiro estaría en el jardín ó en el entresuelo.

Adelantóse luchando con el temor y la esperanza, y como si una mano invisible le empujase á pesar suyo.

A medida que se acercaba á las habitaciones de Emirene, latía el corazón con violencia, y sentía un vago presentimiento, cual si le amenazase un peligro eminente. Con todo, tratando de sobreponerse á aquella emoción que no podía explicarse, atravesó de puntillas dos piezas, y desde el dintel de la primera, percibió al niño dormido en la cuna, la puerta de la alcoba abierta, entornados los postigos de esta, y completamente caídas las cortinas de la sala.

Por una extraña coincidencia, la negrilla que hacia la cama, había dejado abierta la puerta aquella mañana, para entrar más tarde, cuando Emirene estuviese con gente, á tomar algunos dulces de un cartucho que su ama había arrojado sobre la cómoda, al volver la noche anterior del teatro.

Hé aquí como en el mundo, el incidente más despreciable puede ser el origen de grandes acontecimientos (3); vedlo ahora en el caso presente, y admirad:

...os fins con que nos move
A sábia, oculta maõ da Providencia (4).

una miserable libra de dulces (mienta, que no eran más que tres cuarterones; porque Emirene se había comido uno) tres cuarterones que apenas suman la cantidad de tres reales; tres cuarterones producen los portentosos acontecimientos, los lances inesperados y la complicada trama de esta novela!... ¡Incomprensible! ¡judicia Dei!...

¡Quién lo creyera! ¡quién lo pensaría!... ¡Tres cuarterones de dulces!... ¡Ave María purísima!...

Sin poder contenerse, llevado de la costumbre, que es en nosotros una segunda naturaleza, acrecióse don

Juan á la cuna de su hijo, y se puso á contemplarle, á riesgo de ser sorprendido, olvidando por algunos instantes el objeto que le había traído.

Dormía el niño con la calma de la inocencia, oculto á medias su rostro angélico entre los rizos de su negra y ensortijada cabellera, apoyada la cabeza sobre una mano, mientras con la otra tenía fuertemente cogida una borla de la colgadura. Los espíritus vitales del sueño matizaban sus megillas de un vivo carmin, y daban á sus facciones infantiles no sé qué encanto indescribible. Emblema de la pureza y de la inocencia, hubiera podido servir de modelo para un cuadro sublime, digno del pincel inmortal de Rafael ó Velazquez.

No sin un violento esfuerzo, consiguió don Juan apartarse de su lado, sin besarle ni tocarle siquiera, temiendo que se despertase.

Volvió la vista en todas direcciones, y animado por una reunión de circunstancias tan favorables que parecía fabulosa, penetró audazmente hasta la alcoba, metió el estuche bajo las almohadas y trató de retroceder, temeroso de encontrar algún tropiezo y perder el fruto de su estratagemas.

También otro temor preocupaba su ánimo, y á él atribuía el malestar que sentía.

Prescindiendo del vivo interés que tenía de sorprender á Emirene con su regalo de un modo inesperado para ella, basta recordar su carácter honrado y sin doblez, para atinar con la causa aparente de esa inquietud y desazon, que no podía explicarse.

Grande habría sido en verdad, su pesar, si le hubiese encontrado su esposa oculta en su alcoba, como acechándola. Sus celos no le cegaban hasta el punto de creerla infiel: los celos en él, como en toda alma noble, sinceramente apasionada, eran hijos del sentimiento de su inferioridad y de la zozobra de perder un bien harto codiciado por los demás, y por lo tanto, hartó espuesto á desaparecer. No lo extrañéis:

.....si llega
A amar un anciano, siempre
Su pasión es loca y ciega:
Y si se ama con temor,
Amar con exceso es fuerza.
Del triunfo en la edad el jóven
Lleva su esperanza cierta:
Mas un anciano que dueño
Se mira de una belleza,
Avaro de su tesoro
De cuantos le ven recela (1).

El encontraba á su muger divina; oía con creces decir á todos lo mismo; él mejor que nadie podía apreciarla en todo su valor físico y moral; contaba por docenas los aficionados jóvenes, bizarros, elegantes y de talento, que le abrumaban á obsequios y atenciones en todas partes, no por su linda cara ciertamente; veía que Emirene tenía una inclinación más que regular á escuchar sus requiebros, y temía con fundamento que al fin le robasen su ternura. «Todo cabe en lo posible», exclamaba; y á esta sola idea, sentía que su razón le abandonaba, sentía que si estuviera en su mano, abandonaría sus negocios, rompería todos los vínculos que le ligaban con la sociedad, la arrancaría de ella y se la llevaría á un desierto....

No de otro modo un avaro, en su negra desconfianza, desearía esconder su tesoro en las profundidades de la tierra, ó en medio de las llamas del infierno donde nadie pudiese ir á robarlo, ni penetrar mas que él solo, aunque fuese dando su eternidad en cambio.

Fuera de este sentimiento involuntario, que don Juan combatía con todas las fuerzas de su alma, era incapaz de ninguna vileza. Y consideraba vileza en un marido, acechar como un Cancervero á su muger dentro de su propio hogar, sin un motivo manifiesto. Creía que la confianza y la tranquilidad del matrimonio estaban gravemente comprometidas, desde que cualquiera de los cónyuges, por medios ruines é insidiosos, obligaba al otro á emplear sus mismas armas para vengarse de su injurias desconfianza, ó burlar su abrumante y odioso espionage: creía que el aprecio y respeto que debía á la compañera de su vida, le prohibían rebajarla á los ojos de sus criados, haciéndolos confidentes de sus sospechas y secretos censuras de la conducta de su ama.

Tan imbuido estaba don Juan en estos principios caballerescos, que apenas puso el aderezo debajo de las almohadas, como acabó de referir, se dirigió á la puerta para marcharse sin querer asomarse á las vidrieras de la sala, ni cerciorarse de quien estaba de visita con Emirene; si bien le pareció por el eco de la voz, que era su íntima amiga Pilar, la condesa de Abancay.

Hay en el corazón humano presentimientos fatales que rara vez nos engañan, intuiciones misteriosas que nos revelan la verdad que no queremos comprender. Diríase entonces que el hombre obedece ciegamente á un hado adverso, que encadena su libertad y le arrastra al precipicio que ve y no puede evitar.

Al poner don Juan el pie en el dintel, sintió un violento, irresistible deseo de ver á Emirene antes de irse, para calmar la angustia horrible que se había apoderado de su espíritu; é involuntariamente volvió

(1) Ave magnífica, originaria de Centro-América, cuyo raro y precioso plumaje es muy estimado.
(2) Investigaciones filosóficas sobre el etc. (15).
(3) Don Francisco Acuña de Figueroa.

(1) Inconvenientes de andarse por las ramas (16).
(2) Lazos eternos (17).
(3) Causas y efectos (18).
(4) A. G.—M. de Dirceó.

(1) Delavigne.—La escuela de los viejos.—Traducción de Zúrate.

atrás, y dirigió su vista al través de las traidoras cortinas.

—¡Nunca tal hiciera!... un temblor nervioso agitó todo su cuerpo; la sangre hirviendo se le agolpó al corazón; los ojos se le saltaron de las órbitas centelleando; contra jéronse sus labios y rechinaron sus dientes, como si una lima de acero pasara por entre ellos; volvió la cabeza; tendió sus manos buscando un punto de apoyo para no caer, puso un brazo sobre una cómoda inmediata y reclinó en él su frente abrasada, sofocando un gemido que no cabía dentro de su pecho.... todo esto en menos tiempo del que se necesita para leerlo.

Luego, como dudando de lo que había visto, como poseído de un vértigo espantoso, anhelante, trémulo, roto el aliento y desencajada la faz, volvió á clavar ávidamente sus ojos al través de los cristales, y vió, vió....

La pólvora junto al fuego,
La hacienda junto al ladrón (1).

vió una quisicosa espantosa, vió....

Vió.... vió....
No hay que asustarse: ya lo contaré; ahora me voy al Prado, que hace una noche magnífica; pero para que no me traten de poco formal, diré al lector en confianza, y muy despacio para que nadie nos oiga, que me interesa dejar aquí en suspenso la atención del leyente, para que su malicia, si pertenece al sexo feo, y su curiosidad, si se cuenta entre el bello, le presten bríos y le estimulen á avanzarse al capítulo III, cual famélico, escuálido cesante, que no ha visto una paga en ocho meses, á la Gaceta que anuncia el cobro de una mensualidad:

Così all'egro fanciul porgiamo aspersi
Di soavi licor gli orli del vaso:
Suechi amari, ingannato, intanto ei beve,
E dall'inganno suo vita riceve (2)

Y aquí me viene de perlas una frase del ciudadano Montemayor en su esposición á la reina: «No debo decir más, *Qui potest capere, capiat.*»

CAPITULO III.

Doctrinas del día.

Vió don Juan á su apreciable amigo don Eduardo sentado al lado de Emirene, que reclinada en un borde del sofá, fingía querer retirar entre enojada y risueña, una de sus manos que el atrevido y venturoso doncel estrechaba frenético contra su pecho, acordándose sin duda que la muger fué formada de una costilla del hombre, y que para convencerlas de la simpatía invencible que le arrastraba hacia ellas, debía enseñarlas por el tacto, que en las concavidades de su pecho había un vacío (de una costilla) que ellas solas podían llenar.

Impulsos tuvo don Juan, cuando rasó la primera explosión de su cólera, cuando pasó aquel momento terrible en que la sorpresa, el dolor y la indignación, despedazando á la vez su alma, habían hecho enmudecer su lengua y paralizado su brazo, impulsos tuvo de salir de su escondite y arrojar por el balcón á su infame amigo.

Hizo un esfuerzo, sin embargo, y se contuvo, deseoso de averiguar hasta qué punto su esposa era culpable; porque lo veía y no lo podía creer.

—Vamos, suelte vd., exclamó ella con una sonrisa violenta, y enojada ya de veras al verse contrariada, y que el marqués conservaba su mano entre las suyas más de lo que parecía regular.

—Sentiré en el alma que os haya incomodado mi atrevimiento, contestó él con aire apasionado, y soltando al punto su mano. ¡Ah! qué queréis, os amo; no, os adoro, os idolatro con todo el delirio y la ceguedad de un niño.

—Por eso os tomáis unas libertades que....
—Cuando estoy á vuestro lado, continuó él, aprovechando la significativa reticencia de Emirene, no sé lo que me pasa.... desearia probaros hasta la evidencia este amor sublime que me inspiráis.... desearia comunicaros un destello de la hoguera en que me abraso....

—Eduardo, contestó Emirene, desarmada por el aparente arrepentimiento y las humildes palabras de su amante, os perdono por esta vigésima vez; pero si reincidís.... recordaré involuntariamente que soy casada.... Vamos, alzad los ojos. Sabéis que vuestro cuño me da risa, y no podré contenerme.

Una flecha que hubiese taladrado su pecho, no habría producido el rápido efecto que hicieron estas palabras en el ánimo del despechado galán, que, variando de tono, replicó con mal disfrazada ira:

—¿Sabéis, señora, lo que es amar á una muger sin esperanza? ¡A una muger que como vos, se burla diariamente del hombre que hace de su afecto un culto, y en su ciega idolatría se postra ante ella como se postraría ante la divinidad; y por única recompensa de su cariño, de sus afanes y desvelos, oye siempre esas dos palabras del infierno, que siempre tenéis á

mano para martirizarle, envenenar su vida, deshojar sus ilusiones, prolongar su agonía, y ¡precipitarle al crimen tal vez!

El acento, el ademán, las miradas del marqués, estaban en perfecta armonía con sus palabras. Era tan diestro en el arte de fingir, que cualquiera al verle hubiérale creído víctima de una pasión sincera y profunda. Giró tristemente los ojos en derredor, se pasó la mano por la frente, y clavando la vista en el suelo, como si temiese provocar la cólera de Emirene mirándola cara á cara, añadió:

—Comprendo, señora, que nunca debí haberos amado. Mi deber de caballero y la circunstancia de ser amigo de vuestro esposo, debieron haberme hecho mas precavido. Pero ¿se manda acaso al corazón?... ¿No he huido de vos mas de un año? ¿No he preferido pasar por incivil y grosero, á esponerme á caer en la tentación de declararos mi afecto? ¿No he luchado cuanto era dable por sobreponerme á él? ¿Qué culpa tengo si una pasión superior á mis débiles fuerzas, me arrastra á pesar mio, me subyuga y domina hasta el extremo de enloquecerme y hacer nula mi razón? ¿Qué culpa tengo que seáis vos tan hermosa, y yo tan necio, que haya arrojado á vuestros pies mi corazón y mi alma, antes de saber si os dignarías aceptarlos?....

—Basta, Eduardo, exclamó Emirene vivamente conmovida....

—¡Ah! señora, repuso él con un acento de desesperación indescribible, no me améis ya que eso no es posible: pero al menos no insultéis mi acerba pena con vuestro enojo y vuestros sarcasmos. Estoy enfermo, estoy loco.... ¡tened piedad de mí por lo que mas améis en la tierra! ¡compadecedme!....

Las lágrimas anublaban los ojos del marqués, y su voz apagada vibraba con un eco de desgarradora tristeza, capaz de enternecer á una muger mas experimentada y menos sensible que la esposa de don Juan. Aquel hombre aleva había hecho un estudio detenido de su carácter, y sabía interesarla conmoviendo su imaginación y excitando su piedad. Por eso apenas concluyó, la incauta se apresuró á consolarle, diciéndole:

—Eduardo, yo no debo, no puedo, no quiero faltar á mis deberes. Cometo ya una falta muy grande solo con permitir que me habléis de vuestro amor. Y si no fuera el aprecio, acaso el demasiado cariño que os profeso, y la seguridad de que no abusaréis de mi confianza, ¿podría escucharos un solo momento?....

—Pero, señora, contestó él con respetuosa energía, y como si tratase en vano de contenerse: por un necio deber, por una palabra vacía de sentido, habeis de ver marchitarse vuestra angelical belleza, y deslizarse los días mas hermosos de vuestra existencia, sin beber en la ancha copa que colmada hasta los bordes, os ofrece el placer? ¿No habeis de coger las flores del amor y poesía que brotan donde quiera que se fija vuestra planta, tan solo para tormento y desgracia de los que las ven, sin que ni ellos ni vos aspiren sus delicadas aromas?

A medida que hablaba el de Araure, el semblante de Emirene se animaba por grados, y sus grandes y rasgados ojos se fijaban con ávida embriaguez en los suyos, como fascinada por el resplandor eléctrico de su mirada.

Su amor propio, tan dulcemente acariciado, la dejaba inerte contra las asechanzas de su enemigo, y embebecida en sus lisonjas, parecía entreabrir maquinalmente sus rosados labios, para beber sin advertirlo, el veneno de la seducción.

Comprendió al instante el marqués el efecto de sus palabras, y sin darla tiempo para que se recobrase de su emoción, continuó con mas vehemencia:

—¿Creéis por ventura que la felicidad consiste en las riquezas, en el fausto, en los honores, en la satisfacción estúpida de nuestro orgullo y vanidad, ó en la práctica de unas virtudes demasiado difíciles, ¡ay! por no decir imposibles, á nuestra frágil naturaleza (1)? ¿Creéis que el vacío del corazón se llena con semejantes ofrendas?... ¡No! ¡La vida es el amor! Fuera de él no hay nada: todo es humo, mentira y decepción....

—¿Entonces no creéis en la virtud?
—Sí creo; pero no á mi edad y á la vuestra.

—¿Por qué?
—Porque es imposible; á menos de haber nacido sin pasiones y estar organizados de otro modo.

—Todos no las tienen tan vehementes como vos.
—Pero en todos producen el mismo efecto.

—¿Y por eso se deduce que debemos cobardemente abandonarlos á ellas sin combatirlos?....
—¡Sí!

—Entonces ¿qué mérito tendría el vencerse? Donde no hay lucha no hay gloria. Cuanto mas halagüenos sean los placeres que nos están vedados, tanto mas meritorio será á los ojos de Dios el sacrificio que de ellos le hagamos.

—¡Dios!... ¿y acaso Dios puede oponerse á los sentimientos que él mismo inspira? ¡Ah! ¡Veo que nunca habeis sentido un amor verdadero! No, no sabeis la felicidad celeste que se esconde en él. No, no sabeis los tesoros de cariño que encierra un corazón apasionado. Creedme, Emirene, cuando se ama de ese modo se goza mas con la ventura que se da, que con la que se recibe, se dobla nuestra existencia, no se tiene mas aspiración ni deseo que la dicha de la persona amada.... mirad, daría mi vida con gusto, si me permitie-

seis reclinar cinco minutos mi cabeza en vuestro seno....

—Y como no quiero llevar á la tumba el remordimiento de haber causado la muerte de nadie, me acepto vuestra proposición,—contestó ella con ironía, desviándose y retirando su mano que el galán había vuelto á coger otra vez.

—¡Sois implacable!.... nada os convence ni os enternece.... A veces creo que no tenéis corazón.

—Puede ser.
—Pero llegará un día, sí, no lo dudeis, llegará un día en que os apasionaréis locamente de alguno, y eso me vengará: ese, señora, os hará sufrir los mismos tormentos que vos á mí....

—No es muy fácil: mientras mi marido me quiera como hasta aquí, no faltaré á mis deberes. Reflexionado, Eduardo, ¿no sería una infamia engañarle y pagar con la mas negra ingratitud lo que ha hecho por mi padre y por mí? ¿No sería un crimen envenenar su existencia, y arrojar en el ilustre blason de sus antepasados una mancha, que nada alcanza luego á borrar?....

—Convengo en ello, pero es el caso que....
El marqués se detuvo, como esperando el permiso para concluir la frase.

—¿Es el caso que?... repitió la jóven esposa con un movimiento de impaciencia.

—Que el mas impenetrable secreto, añadió él acentuando las palabras,—puede ponerlos á cubierto de cualquier temor....

—¡Ah! callad, no prosigáis,—exclamó Emirene con acento de religioso temor y disgusto involuntario:—al fin todo se descubre.... Dios nos observa; su vista penetrante nos sigue al través de la oscuridad mas profunda.... y luego.... los remordimientos.... el grito de la conciencia.... no, ¡no!.... os ruego que no me habléis mas de eso.

Tedarra, juzgando de los demas por sí mismo, creía que sus escrúpulos eran hijos de su astuta coquetería: tenía la por una hipócrita interesante, y sabiendo por experiencias anteriores, que en aquella posición era inexpugnable, no trató de desalojarla de ella, y en mal hora la emprendió con el pobre marido, que estaba en acecho, pasando las angustias de un reo que se acoera paso á paso al fatal banquillo.

—¿Sabéis, dijo, que vuestro proceder es injustificable y un tanto ridículo? Cualquiera pensaría que estais enamorada de vuestro esposo, sugeto muy recomendable, pero que al fin os lleva cuarenta años y podría ser vuestro abuelo....

Aquí don Juan perdió los estribos; su temblorosa mano, agitada de un movimiento nervioso, hirió el vidrio involuntariamente buscando el pestillo de la puerta, y un bulido de rabia se escapó de su pecho, destrozado por todas las furias del infierno....

Emirene perdió el color, el marqués se puso de pie....

—¡Ah! ¡maldición!!! se abre estrepitosamente la puerta (la de mi gabinete, lectores, no la de la sala do quedan nuestros héroes), y entra uno de mis amigos con paso acelerado, como si se le vinieran midiendo las espaldas por detras con un gajo de curaza de negro (4). Me saluda golpeándome familiarmente en el hombro; pídele permiso para continuar escribiendo diez minutos; sigue él charlando, y se entabla un corto diálogo (que dura hora y media), diálogo, que yo, en despiques, me pongo á copiar en mi ininteligible taquígrafía, ya que el importuno no me deja concluir mi narración (2).

CAPITULO IV.

Continuacion del mismo asunto.

Ya se fué: continuemos....

Dejamos á don Juan con la mano sobre el pestillo de la puerta, á Emirene, pálida y azorada, y al marqués de pie mirando de donde podia haber salido aquel ruido.

La puerta empero no se abrió, y el ultrajado esposo tuvo tiempo de reflexionar y meterse debajo de la cama, mientras se trabó el siguiente diálogo entre su muger y su amigo:

—Me parece,—dijo Emirene despues de una ligera pausa,—que he sentido golpear los cristales de mi alcoba.

—Y yo,—respondió el de Araure,—juraría que he oído un suspiro sofocado.

—Sí, han empujado esa puerta.
—¿No será alguna criada?

—No; marchaos, no sé qué funesto presentimiento....

—Quien quiera que sea, ya me ha visto y sería darle que sospechar si huiese precipitadamente. Soy de opinion....

La puerta volvió á estremecerse.
—¡Ay! exclamó Emirene temblando y mas blanca que la pared.

—¡Qué diablos! repuso el marqués, veamos lo que es, y abrió la puerta de golpe.

Su especulación y angustia se cambió en estrepitosas carcajadas: salió un gato maullando, atravesó la sala y se dirigió á la puerta del corredor.

Este animalito, que tan oportunamente vino á fa-

(1) La venganza de Tamar.
(2) Gerusalemme liberata.

(4) No se olvide que es un libertino el que habla.

(1) Madera brasilera en extremo dura, y tan pesada como la piedra.
(2) Diálogo entre un amigo-chinche y el autor (19).

parecer la ocultación de don Juan, estaba debajo de la cama acostado en una canasta de ropa, cuando aquel se acercó á hacerle compañía; pero parece que al indigido de la raza felina no debió agradarle semejante visita, porque saltó al punto de su lecho, arañó la puertería y se marchó con la mayor grosería sin despedirse, en cuanto S. E. el señor marqués tuvo la bondad de servirle de introductor de embajadores y abaisarlo.

Desvanecido el sobresalto que les causara este cómico incidente, que habria degenerado en trágico á faltar el gato (impenetrables juicios de la Providencia); despues de las frases usuales en situaciones pacíficas, cada uno de los tres actores volvió imperturbable á su puesto: Emirene al sofá, Tedara al sillón, y don Juan tras las cortinas, aunque ahora tuvo la precaucion de alejarse un poco mas, para no tocar los vidrios con la mano en algun movimiento convulsivo que no fuera dueño de reprimir.

—¿Qué susto tan grande he tenido! dijo Emirene; no sé por qué me figuré que era mi marido. ¡Ah! ¿por qué me lo recordáis y sois tan injusto al hablar de él? —¿Por que he dicho que podría ser vuestro abuelo? —No: porque eso no puede considerarse sino como una chanza, aunque de mal gusto.

—¿Cómo chanza?... vos tenéis diez y nueve años, el cuarenta y ocho; figuraos que á la edad vuestra hubiera tenido una hija, que se hubiese casado á los catorce, y decidme si no podeis ser su nieta.

—¡Y bien! ¿qué importa la edad cuando se tiene mas salud y vigor, un corazón mas puro, rico de nobleza y sentimiento, y un alma mas juvenil y lozana que los que empiezan á vivir? —Parece que no sois franca....

—¡Y tanto! —Parece que por mas que haga vuestro esposo, á veces deseariais que fuese mas joven.

—¡No! ¡nunca!... ¡si supierais qué bueno es! ¡Con qué tierna solicitud se anticipa á mis deseos! ¡Con cuánto anhelo procura complacerme en todo, sacrificándose á menudo sin violencia, sus placeres, gustos é inclinaciones!... —Eso sí, es un buen hombre.

Si el marqués hubiese podido ver el gesto diabólico que hizo don Juan al oír estas palabras, no le hubiera ciertamente calificado de ese modo.

—Cuando estoy á vuestro lado, cuando me deo á arrastrar del sentimiento que me inspiran vuestros tenaces juramentos y protestas, Eduardo, prosiguió Emirene, hay ocasiones en que desearia que mi marido fuese duro, intolerante, grosero, celoso, brutal, libertino.... ¿qué se yo?... para poder olvidarme de los beneficios que le debo y mirarle con indiferencia.... Pero no, no.... no es posible. Seria yo un monstruo de ingratitud si fuese capaz de darle semejante pago.... estoy cierta que una locura mia le costaria la vida.... ¡No, jamás!...

Sublime era la espresion del rostro de la jóven esposa al pronunciar, con toda la arrogancia y fortaleza de la virtud este jamás, suficiente para hacer desistir de sus torpes intentos á cualquier hombre menos perverso y corrido que el marqués.

En él y en las pocas palabras anteriores que fueron un bálsamo consolador para el desgarrado pecho de don Juan, vió este una confesion ingenua del sincero aprecio que le profesaba Emirene; un verdadero grito del alma, que se le escapaba involuntariamente en el borde del abismo á que la arrastraba, mas que su mala índole, su inesperecia y los delirios de una cabeza acatorada por falaces lecturas.

Comprendió que le profesaba un afecto mas sólido y duradero que el amor: —el agradecimiento. —Afecto que nacia de sus bondades para con ella y de la convicción profunda en que estaba, respecto de la abnegacion completa con que él la habia consagrado su existencia, cifrando en su cariño toda su ventura.

Comprendió que no estaba apasionada del marqués ni de nadie, cuando ni con el pensamiento se atrevia á salvar la barrera del deber. Sabia por experiencia, que cuando una pasion llega á apoderarse del alma, es imposible reflexionar ni pararse ante consideracion alguna.

Comprendió, en fin, que si conseguia salvarla destramente de los lazos de su hábil seductor, y darla una severa leccion que se gravase en su memoria para siempre, nada tendria que temer en el futuro: pues convencida ella con esta última prueba de su cariño sin limites, de su paternal bondad y nobleza, no podria menos de convertirse en una esposa tan tierna y amante, como prudente y virtuosa.

—Puesto, señora, —dijo el marqués anudando y tratando de dar otro giro á la conversacion, interrumpida en un momento, —que tenéis plena confianza en mí, como acabais de decir no ha mucho, ¿no accederéis á lo que os prometisteis hace mas de seis meses, despues de haberme estado engañando todo el tiempo que duró la enfermedad de vuestro esposo? —¿Y qué! ¿os vais á Venezuela? preguntó Emirene sorprendida.

—Tan pronto como consiga hablaros dos horas sin sosiego, ni recelo que nos sorprendan á cada paso. Ya os lo he dicho: tengo que confiaros un secreto de mi vida. Partiré al dia siguiente, y os juro que no me volveréis á ver mas, si tal es vuestra voluntad.

—Aunque yo quisiera complaceros.... no es posible... en casa podeis decirme lo que os agrade... ah... mañana.... otro dia cualquiera.... Confiado al

papel.... sabéis que recibo y leo con gusto vuestras cartas.

Emirene bajó los ojos avergonzada. En un momento de irreflexion habia tenido la debilidad de prometerle, exasperada de no poder recibirle durante una indisposicion de don Juan, el ir á casa de una supuesta tia suya, que no era otra cosa que una honrada muger perteneciente al gremio de las que el festivo Quvedo, con tanta gracia como ingenio, llamaba *Zurcidoras de gustos, algebristas de voluntades desconcertadas, y flux de los dineros de todos* (1).

Despues que reflexionó en lo que prometiera, lo pensó mejor y sin poner en duda el fingido parentesco del marqués con la tal señora, se evadió de su promesa, con uno de los mil subterfugios que siempre encuentra una muger, que sabe conceder sin dar y rehusar una gracia sin negarla terminantemente.

El burlado amante, sin insistir entonces, consiguio mas tarde, á fuerza de maña y tenacidad, que le ofreciese verle siquiera una vez sola, si como temia se veia obligado á alejarse de Lima por asuntos de la mayor importancia para él, segun decia.

La buena estrella de don Juan, siempre propicia, hacia que aquella tarde fuese la escogida por el marqués para la realizacion de una farsa, de la cual se prometia desatar por un golpe diplomático, el nudo gordiano de sus platónicos amores, que, valiéndome de su detestable fraseologia, llevaban trazas de terminarse en el valle de Josafat,

Al vivo son de la final trompeta (2)

Las maquinaciones políticas en que andaba metido desde su llegada de Francia, le obligaban á alejarse de Lima por algunos meses. Los revolucionarios de Venezuela en relacion con los ingleses, le escribian participándole un proyecto, en el que le asignaban la mas bella parte, y hacia dias que estaba retardando el plazo de su partida, siempre con la esperanza de recoger al cabo, el fruto de mas de un año de afanes y perseverancia....

Pero contra todos sus cálculos, contra todas sus previsiones, pasábale con la hija de Flores lo que con ninguna de sus anteriores conquistas. En todo el tiempo que duraban sus relaciones no habia conseguido una vez sola que le abandonase su mano voluntariamente, y como se sabe, segun observaciones hechas recientemente en la costa de Africa por los que han ido á las Chafarinas y á Ceuta, que la mano es el preludio, el alfa, el introito, el requiem, el prólogo, el primer consonante forzoso de todo idilio erótico, el marqués se veia atacado en los estrechos carriles de una reserva harto clásica para poder abandonar á los impetus ardorosos de su ferviente inspiracion, desplegar triunfante sus alas, y remontarse altivo y audaz, como el águila reina de las alturas, al plácido cielo de sus románticos ensueños.

—Chico, —habia dicho esa misma mañana desesperado á su amigo Arturo, el de la apuesta, —me carga espantosamente esta muger con tanto recato y pulcritud. Estoy dado á una legion de diablos; si resiste al último expediente que me queda, la echo á rodar y me ganas las doscientas onzas sin remedio.

Toda la dificultad estribaba en que Emirene consintiese en ir al parage que él deseaba.

Creyendo que ahora tal vez no se resolvía porque dudaba de la veracidad de sus palabras, juzgó que era llegado el momento oportuno de realizar su plan: levantóse en consecuencia, tomó su sombrero, sacó un pasaporte, y desdoblándole muy despacio, le puso en sus manos, añadiendo:

—Ya que sois tan cruel conmigo, tan ingrata, que no quereis pagarme mas de un año de abnegacion y amor con una hora de simple conversacion: ya que no confiais en las repetidas pruebas de lealtad y pundonor que os he dado en ese periodo, y me haceis el agravio de creer que seria capaz de abusar de vuestra confianza... partiré, señora, partiré sin deciros adios, sin que sepais toda la vehemencia de mi pasion y los sacrificios que me cuesta. Sed feliz... tal vez otro hombre... yo trataré de conformarme con la negra estrella que me persigue... pero si os anuncian.... —¿Qué?... preguntó Emirene con ansiedad.

—Que he dejado de existir....

—¡Ah!

—¡No lo estrañeis!

—¡Por Dios! —gritó ella, precipitándose hácia él y deteniéndole de un brazo, atemorizada por el aire sombrío y ademanes estravagantes del de Araure, que en efecto, parecia poseido de un acceso de locura; —por Dios, Eduardo, tened juicio... yo iré... sí... iré... sí... pero no sé como manejarlo... tengo miedo que me sorprendan... ¡si llega á saberlo mi esposo!... ¡Ah, soy muy desgraciada!...

Y sin soltar á su amante, llorando, se cubrió el rostro con el pañuelo.

Un relampago de alegría iluminó el pálido rostro del marqués, en el que un observador indiferente habria leído sin dificultad, mas bien que el gozo de un amante sincero y agradecido, la arrogante satisfaccion de un libertino, cuando ha logrado envolver entre sus redes á la víctima de sus infernales seducciones.

—Luz de mis ojos, exclamó arrojando el sombrero sobre un sillón, empujándola suavemente hácia el sofá

(1) Vida del Gran Tacaño.
(2) Zorrilla. El dia sin sol.

y volviendo á sentarse al lado de ella, —¿de veras? ¿no me engañarás? ¡Mirame!....

Emirene hizo un leve movimiento con la cabeza, sin desplegar los labios ni alzar los ojos de la alfombra.

—Pues oid, continuó él, acercándose mas y cada vez mas entusiasmado é insinuante, ¿de aquí á tres dias no es el natalicio de vuestro esposo? —Sí.

—Don Juan, por ser sus cumpleaños, se achispará como es regular, yo y tres camaradas nos encargaremos de ponerle como una cuba: por la noche habrá partida, y como él, aunque no es aficionado al juego, fácilmente condesciende con sus amigos, y no le desagrada de cuando en cuando ganar algunas onzas, se entretendrá con nosotros hasta tarde.

Atónito don Juan al ver tanta audacia y el énfasis infernal con que se tramaba contra su honor, redobló su atencion, prometiéndose de antemano estar alerta y no dejarse embaucar por sus titulados amigos.

—¿No podríais, añadió el indigno hijo de su protector, salir con una criada á las once ó á media noche, cuando estén mas entretenidos, y esperarme en la Alameda en el banco tercero de la derecha?

—¿Y si por una fatalidad alguno se empeña en seguirme ú os conoce al acercaros á mí? preguntó Emirene buscando en vano subterfugios y dificultades capaces de hacerle desistir de su intento: —¡Va tanta gente á la verbena esa noche!....

—No temais: ¿quién ha de conoceros, velada á usanza de vuestro país, todo el rostro menos el ojo izquierdo, cubierta con el manto?

—Pero á vos....

—Yo iré de capa y bien embozado.

—¿Y cómo he de conoceros entonces?

—Por este solitario que siempre llevo puesto, repuso el marqués sacándose de la mano derecha y presentando á la jóven esposa un magnífico anillo que habia otras veces llamado su atencion: —para no equivocaros con otra ni comprometeros nombrándoos, os tenderé mi mano sin hablar una palabra; tomareis mi brazo, y....

—¿Y si mi esposo me echa de menos?

—Salís del paso con cualquier disculpa. Le direis, por ejemplo: tuve el capricho de ir á la verbena, y fui á la sala para prevenirte, pero viéndote absorto en el juego no quise molestarte por una friolera semejan- te. Con que ¿estais decidida?

—Sí—contestó Emirene con voz resuelta despues de un momento de indecision y como si hubiese tomado una resolucion definitiva: —sí, os complaceré, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no volvereis á Lima en cinco años, á menos que razones muy poderosas os obliguen á ello; y en ese caso, me jurareis no visitarme ni dar paso alguno para anudar nuestras relaciones.

—Duro es el sacrificio, replicó el de Araure, asombrado; —pero acepto, solo por daros una prueba mas de mi entrañable y caballeresca pasion. Confiad en mi palabra.

—Y vos en la mia.

Despidióse en seguida, no sin insistir aun y manifestarse receloso sobre el cumplimiento del estraño pacto que acababa de proponerle Emirene; y ella, para disipar sus dudas y obligarle á que se marchase mas pronto, pues era la hora en que acostumbraba venir don Juan, volvió á repetirle que no le engañaría.

Salió el marqués erguido y risueño, como un autor novel que obtiene su primer triunfo dramático, ó como una niña que va al primer baile, y oye decir que es encantadora, siendo capaz de dar un susto al miedo.

Emirene volió al balcón y le siguió tristemente con los ojos hasta que traspuso la calle.

Luego dió maquinalmente dos ó tres vueltas por la sala; sentóse en el mismo extremo del sofá que él acababa de dejar, y poniendo el codo en uno de sus bordes y apoyando la megilla en su mano, meditó algunos instantes, como si luchase con dos sentimientos encontrados y cediese ora al uno, ora al otro; hasta que cansada de querer en vano armonizarlos y sofocar la voz de su conciencia, tendió la mano á un velador inmediato, cogió un tomo de la nueva Heloisa de Rousseau y se puso á hojearle, buscando, al parecer, alguno de sus trozos favoritos.

Entonces don Juan, que habia seguido todos sus movimientos con la mayor ansiedad, temeroso de que se dirigiese á la alcoba, retrocedió cautelosamente, recogió su estuche, se lo metió en el bolsillo, y se plantó en la calle con la misma felicidad con que habia entrado.

Quando volvió en el coche, salió Emirene á su encuentro, todavia en el susodicho tomo de la Heloisa en la mano; y aparentando una jovialidad que estaba muy lejos de ser verdadera, le dijo en tono de broma: —Mucho has tardado hoy. ¿Has estado de conquista?

—No, querida mia, contestóle su marido riendo, mientras sacaba el reloj con una calma y tranquilidad tan fingidas como el buen humor de su consorte: —me he entretenido con el virey hasta ahora. En efecto, son cerca de las cinco. Vamos á comer, que tengo un hambre devoradora.

Y acercándose á su amable compañera, como solia cuando estaba muy contento, pasó el brazo izquierdo suavemente por su cintura, y entrelazando la otra mano con la de ella, se la llevó al comedor á paso de wals....

Moralidad de lo espuesto; regla general sin esce- p- tivos.

ción, y aviso importantísimo á la respetable cofradía de los casados.

¡Hermanos!

«Cuando una muger sin un motivo aparente se muestra muy provocativa y risueña, al volver tarde su marido de la calle, es señal infalible y segura de que no ha empleado bien el tiempo durante su ausencia.»

Así se encuentra espresamente en el tomo MDIV de la famosa obra inédita Greco—arábiga—tártara—china—esclavona del doctor Pachacamacuimontipinguiniñuacraikaitromptromptrump parte millonésima séptima, capítulo 13.893, página 28.690172, 532667, 29142, 511935, 369277, 739235, 623598, 009234, 417013, 235155, 048655, 510923.

Así consta de los siguientes versos de un célebre poeta británico:

To no men are such cordial greetings given,
As those whose wife have made them fit for heaven.

CAPITULO V.

Preparativos.

Esa noche no echó don Juan la llave á la puerta de su cuarto, acostóse vestido, y cuando le pareció que su esposa estaría profundamente dormida, se levantó con mucha cautela, y logró salir sin que aquella le sintiera, no obstante que estaba despierta, presa del insomnio y tan agitada como él.

Salió por la puerta falsa del jardín donde Yuca, su fiel negro, le esperaba con un caballo ensillado: Tupac-Amaru era el corcel elegido para este viaje misterioso.

Previno al esclavo que á las once dijese á su ama que no le esperase á almorzar, pues cuando ya no había venido, no podría volver hasta la tarde.

Encargóle igualmente que la espíase y pusiera en juego toda su astucia para ocultarse, sin que lo notasen, donde pudiese informarse de todo lo que hablase ó hiciera mientras él estaba ausente.

—Confío en tí, mi buen Yuca, añadió montando á caballo, espero que como en otras ocasiones, me servirás con tu fidelidad y celo acostumbrado, aun mas allá de mis deseos.

—No tenga v. d. cuidado, mi amo, repuso el negro acomodándole el estribo y viendo si las cinchas estaban bien. ¡Yo guardo á mi señora!

Atravesó don Juan las solitarias calles de la ciudad que yacía alejada en brazos del sueño, y no bien se vió fuera de ella, soltó las riendas á su fogoso brido, galopando por cerros, valles, sierras y llanuras.

El crepúsculo del día empezaba á iluminar una parte del cielo: tibias ráfagas de lumbre amagaban abrirse paso al través del oscuro velo que cubría el horizonte; las estrellas ibanse apagando una tras otra en el claro azul del firmamento:

Todo estaba silencioso:

La brisa de la mañana
Recien la yerba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el Oriente nublado
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;

Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo al ronco bufido
De algun pato que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá (1).

Tupac-Amaru salvaba las distancias con la velocidad de una bala de cañon, lanzada al llano desde el declive de una montaña: impaciente tascaba el freno y sacudía la crin cuando su dueño le detenía á intervalos para que descansase algunos instantes. Habíase enardecido el arder de su sangre generosa y despertado su instinto con las repetidas carreras, y no quería más que galopar. Costábale trabajo á don Juan dominarle, á pesar de ser tan buen jinete, y por poco se despeña con él, al atravesar un estrecho sendero, cortado á pico en medio de dos barrancos.

Entonces en castigo, se resolvió á dejarle correr cuanto quisiera, aunque reventara.

Pronto divisó á lo lejos su casa de campo, edificada en una eminencia, y sus bosquecillos de naranjeros, nopales, quinias, aromas y cocoteros, dorados por

(1) Echeverría.—La cautiva.—El yajá es un ave americana que canta repitiendo estas palabras yajá, yajá, que en guaraní significan: Vamos, vamos.—Estos pájaros velan de noche, y en silbando ruido de gente ó animal los empiezan á gritar repitiendo esas palabras que casi siempre son de mal agüero, por lo cual los que saben lo que quieren decir con ellas, se ponen en guardia apenas las oyen. Fundándose en esto el padre Guevara, en su historia del Paraguay, río de la Plata y Tucumán, le da el título de volador y centinela. No sé si hay yajás en el bajo Perú, pero por no mutilar la bellissima imagen tan propia y local del texto, no he querido sustituir al que, el nombre de otra ave originaria de aquel país.

los primeros rayos del sol, que aparecía reclinado en la cúspide de la montaña vecina,

Como el ojo de Dios mirando al mundo (1).

deshaciendo el manto de niebla que oscilaba en la cumbre de los montes y se desataba en agudos penachos de las copas de los árboles, impregnados del copioso rocío diario que suple en las costas bajas del Perú, la privación casi total de lluvia.

Sacó don Juan su reloj, y vió la hora; eran las cinco y media.

Dió un rodeo, y siguiendo la margen del río, llegó al confin opuesto de su posesión; salvó de un bote la zanja que la dividía del camino real, y se internó paso á paso por entre las estrechas calles de acacias y álamos, conteniendo el ímpetu de su corcel, que á pesar de haber galopado cinco leguas, cubierto de sudor y espuma, conservaba todo su ardor y arrogantes bríos.

Llegó cerca de un pino secular que quedaba en el centro de la quinta, ató su caballo en las ramas y se dirigió al rancho (2) del capataz que distaba cuarenta pasos.

Los desentonados ladridos de un perro, que se convirtieron en caricias apenas reconoció á don Juan, despertaron á su amo, que salió medio desnudo amartillando un ancho trajujo naranjero, *recipe* destinado para alguno de los infinitos ladrones que habían dado en la gracia de limpiarle las mejores plantas y podarle los árboles, gratis, sin duda con el piadoso fin de trasplantarlos á otro parage donde les fuese mas benigna la tierra. La circunstancia de no poder sorprenderlos, por mas ardides que empleaba, le había irritado tanto que estaba resuelto, previó el permiso de don Enrique, á matar al primero que cogiese infraganti, si no se entregaba, y colgarle de un sauce lloron para escarmiento de los demas.

Como salía de la oscuridad á la luz, dominado por su idea fija de los ladrones, y don Juan distaba treinta pasos, no le conoció ni reparó en las caricias que le hacia el perro, y gritándole con voz terrible: ¡alto ahí ó te mato!... se echó el arma al rostro y se adelantó corriendo, fijo el cañon del trabuco y sus ojos en él, como un primer espada en un toro traidor, que no quiere embestir y él pretende derribar á volapié.

Sorprendido el hidalgo, guarecióse tras un árbol sin reflexionar; el negro se figuró que trataba de huir y apretó el gatillo.

Oyó una detonacion espantosa; ocho ó diez balas silbaron en los oidos de don Juan, y una se llevó la gorra de pieles que cubria su cabeza.

El castellano sin amedrantarse se avalanzó al negro, que tomó el trabuco por la culata con las dos manos para descargárselo en la cabeza.

Pero al formidable grito de don Juan, que le cruzó el rostro de un latigazo diciéndole:

—¿Qué significa esto, canalla? ¿de ese modo me pagas la libertad que te he dado?...

El negro, reconociéndole, respondió con otro grito desgarrador y lúgubre, arrojó el arma fatal, y cayó de rodillas hiriendo el suelo con la frente.

—¡Máleme, mi amo, le decía, máteme!... he atentado contra su vida.

—Levántate, miserable, contestó el hidalgo, golpeándole la cabeza con el pie. Levántate, alcánzame esa gorra y dime, bribon, por qué querias fusilarme. El liberto volvió á repetir:

—No me levantaré hasta que vd. me perdone, mi amo, ha sido una equivocacion.

Su voz temblorosa y sus miradas de dolor así lo demostraban: don Juan lo conoció, y como no era rencoroso, contestóle:

—Vamos, estás perdonado, esplicame ahora...

El negro refirió lo mejor que pudo el hurto de las plantas y árboles, y su propósito de rociarle las espaldas con una lluvia de balas al primero que sorprendiese, autorizado como estaba por su suegro; demostróle que solo dominado por esta idea diabólica y medio dormido había podido no conocerle, y que creyese que si por una fatalidad le hubiera acertado, se habría dado la muerte encima de su cadáver.

Escuchóle don Juan en silencio, y cuando hubo concluido, desarmado por las lágrimas que derramaba el pobre diablo, se contentó con decirle:

—Mira, te perdono, y Dios sabe cuan sinceras son mis palabras; no abrigo el mas mínimo resentimiento; pero te prohibo espresamente que laves á cabo tu designio. El mejor árbol no vale la vida de un hombre. Asústalos, apálcalos, tíralos con pólvora; pero aunque te lo consenta don Enrique, hazme el favor de no matar á nadie, ni de preparar tan bárbaramente el trabuco. ¿Qué carga tenia?

—Un cuarteron de pólvora, diez balas y dos puñados de cortados y perdigones.

—¡Eso es, salvage, á metralla!... ¿Sin duda quieres convertir en gigote al infeliz que caiga en tus garas? En verdad que ha sido un milagro que no me hayas herido.

La llegada de Flores, que se había levantado á toda prisa al oír el espantoso estallido, interrumpió el diálogo, y no se quedó poco sorprendido al encontrarse con su hijo político á aquella hora intempestiva, y al saber el eminente riesgo que acababa de correr.

—Lo primero que te encargo—dijo don Juan al mal-

ha dado cazador de ladrones haciéndole una señal para que se marchase,—es que no refieras á nadie lo que ha pasado, y si la señora doña Manuela te pregunta algo sobre el trueno de tu infernal trabuco, contestale que se te disparó sin saber como.

—Así se hará, mi amo, nadie lo sabrá.

Creció la sorpresa de Flores con semejante prevención, y empezó á maliciar que su inopinada visita encubría algun misterio desagradable, concerniente á su hija.

Tomóle don Juan del brazo y se encaminó al pino donde estaba atado Tupac-Amaru, que había rotado una de las riendas, al encalabrarse asustado por la atronadora explosion.

—Sentémonos, dijo al anciano, señalándole el tronco de una palmera derribada.

Y comenzó de esta manera:

—Te voy á hablar como á mi mejor amigo, porque creo que lo eres, no te ofendas ni me interrumpas permíteme ser franco y óyeme con atencion, porque se trata de la felicidad de la persona que mas amas en la tierra y de la mia.

Alzó don Enrique la cabeza, echó una mirada escudriñadora y recelosa sobre su interlocutor, y contestó friamente:

—Dí lo que quieras, te escucho.

—Cuando te pedí tu hija, entre varias cosas que te hiciste presente para que no se casase conmigo, fue una que yo la mataría á celos.

—¿Yo dije eso?...

—No me lo niegues, porque...

—¿Ella te lo ha dicho?...

—Sí, ella.

—¡Muger al fin! ¡si esa gente no puede guardar un secreto! y bien, ¿qué tenemos con eso?

—Nada; te recordaba esta circunstancia insignificante para que me digas, si en tres años que llevamos de casados, has notado en mi algun sintoma de esa funesta pasion.

—Francamente, y no me ha admirado en efecto.

—Emirene te ha insinuado alguna vez que yo desaprobase su conducta, la privase de ir á ninguna diversion, la prohibiese visitar ó recibir á alguno, despiase sus pasos, ó...

—Nada,—exclamó Flores interrumpiéndole, ya impaciente de tanto rodeo;—al contrario, siempre la he visto tan alegre, tan satisfecha, tan agradecida á tus bondades y al empeño que ponias en labrar su felicidad, que no encontraba espresiones suficientes para encomiarle. Y bien sabes que cuando uno tiene la cabeza blanca y es padre, no se le engaña como á un marido ó á una persona indiferente.

—Pues bien... sábeta que hace un año que no vivo y me muero de celos, y que ni ella ni nadie lo ha llegado á traslucir.

—Mal hecho.

—Empeñé mi palabra de caballero, y moriría primero que quebrantarla.

—Mal hecho: si tú tienes celos serán fundados hasta cierto punto, porque es hermosa, sobrado hermosa vivaracha, y con una vanidad igual á su belleza, que es cuanto hay que decir. Yo he sido jóven, y como aficionado á la fruta del árbol prohibido, sé las *mandulas* y ardides que emplean los que gustan de cazar en vedado. Emirene, á pesar del sincero aprecio y cariño que te profesa, si no le vas á la mano, si la dejas y sigues echándola de sentimental, podrá escapar de uno, de dos, de tres... pero al fin... ya sabes aquel conocido refran:

Es de vidrio la muger
Y nunca es bueno probar,
Si se puede ó no quebrar
Porque todo puede ser.

—¡Sil! todo puede ser! replicó don Juan centeándole los ojos de ira. ¡Ah! por Dios no me hables en ese tono de ironía y burla, porque es cosa muy seria la de que se trata.

—¿Pues qué! ¿qué ha sucedido?... preguntó el viejo no padre y pundonoroso amigo, azorado á su vez por la amarga reconvencion envuelta en sus palabras, y creyendo que la cosa era en efecto, mas seria de lo que él pensaba.

—Emirene tiene un amante

—¿Existen pruebas en tu poder?

—¡Sí!

—Y es... la palabra culpable se heló en los labios del anciano, que permaneció aterrado, fija la vista en el suelo y descompuesto el semblante, como si un alevé puñalado le hubiera partido el corazon.

¡Era su hija y la amaba tanto! ¡estaba tan orgulloso de verla agasajada y celebrada por todos, y despreciar sus homenajes, al parecer dispuesta á conservarse siempre digna del hombre á quien debían su padre el honor, el reposo y bienestar de sus últimos años!...

Ciertamente la creia capaz de sucumbir, pero no tan pronto.

Sucediale lo que á un enfermo, que aunque sabe que está de peligro y casi creído que no se levantará aparenta conformarse con su suerte, y cuando le hablan de hacer testamento, pregunta haciendo pucheros: ¡pues qué! ¿estoy tan malo?... pierde el color y se desmaya.

Don Juan se apresuró á rectificar su error, y á librarle del enorme peso que involuntariamente había arrojado sobre su pecho.

(1) Don José Marmol. El Peregrino.

(2) Chozu de barro y paja.

—No, no es culpable—le dijo—si lo fuera, ni ella ni yo, ni el culpable existirían. Muerta primero, que en brazos de otro!

—¿Y qué! ¿tendrías valor para matarla? exclamó el varón padre con acento de sorpresa y horror.

—¡Ah! no sé lo que me digo,—repuso don Juan pausado del enojo á la desesperación.—Tú no sabes, no, como yo la quiero. Es una locura, un delirio, una pasión: no sé qué tiene que cada día encuentro nuevos atractivos. Ella es mi vida, mi mundo, mi Dios, y mi todo. Es el sol que me alumbró, el aire que respiro, el alma de mi alma. Si Dios me ofreciese la gloria sin ella, la rehusaría. Mi único anhelo, mi única esperanza, toda mi ambición se cifra en su cariño. Robármelo es arrancarme á pedazos el corazón del pecho; y la quiero, la idolatro tanto, que en un rapto de furor no sé lo que haría, si llegase á posesuarme que me vendía!

—¡Díale Enrique con sorpresa, y costábase trabajo dar crédito á lo que escuchaba y veía. Parecía imposible que con un carácter tan afable y bondadoso abrigase tantas pasiones tan vehementes. Entonces se estremeció por el porvenir de su hija, y se arrepintió de haber cedido á sus ruegos. Trató, no obstante, de ocultar su emoción, y díjole con una confianza que estaba muy lejos de ser sincera:

—Si no ha delinquido, todo tiene remedio.

—Si tú me ayudas y no te opones.

—Cuanta desde ahora con mi franca y decidida cooperación. Siempre supongo que no me exigirás nada que no esté en el orden.

—Solo se trata de dar á ella una buena leccióncita, y él una severa lección que le escarmiente para el resto de su vida.

—¡Veamos; empieza por esponer los antecedentes relativos al hecho capital.

—Escucha.

—Entonces don Juan refirióle detenidamente la petición de Emirene, el modo como se introdujo furtivamente hasta su alcoba, la escena de la sala, la oportuna aparición del gato, el complot fraguado por Teder, la cita pedida y otorgada, y espuso en consecuencia un plan, verdaderamente original, que fué aprobado en todas sus partes por Flores.

—Para que todo esto se realice á medida de mi deseo,—continuó el castellano, son necesarias dos cosas cuya inmediata ejecución te incumbe.

—Dílas.

—La primera, preparar el mirador como para recibir á un huésped, sin que tu hermana desconfie ni se empegue en averiguar quien es.

—Bien: hoy mismo la consultaré sobre un amigo que anda oculto por causas políticas, y me ha pedido un asilo: conozco su corazón y sé que no se opondrá, y como pasados dos días, dado el golpe, nada importa que sea quien es el falso proscrito, entonces se lo diré, estoy seguro que cuando esté en pormenores nos secundará, sin oponerse á la medida tomada con Emirene, porque entonces, aunque quiera, tampoco podrá hacer nada.

—Perfectamente.

—¡Bí la segunda parte de mi cometido.

—En cuanto acabemos de comer, el día de mi santo, preciso que te traigas aquí á tu hermana sin perder un minuto; pero también es preciso que te vuelvas y estés en la ciudad de doce á una.

—Descuida: la haré creer que me siento muy malo, y que no quiero aguar la fiesta privando á mis hijos que se diviertan. En cuanto lleguemos aquí, se me habrá quitado el dolor de cabeza ó de pecho, para que se levante y duerma á pierna suelta. En seguida volveré tu mejor caballo, y estaré en Lima antes de hora y media.

—¡Bravo! ¡bravísimo!...—exclamó entusiasmado don Juan, conociendo por la oportunidad de los expedientes que encontraba su amigo para salir airoso del compromiso que voluntariamente habia aceptado, que estaba decidido á secundarle leal y eficazmente, á medida de su deseo.—¡Bravísimo!... ¿sabes que podrías dar lecciones al mas celoso marido, al mas esperto y arrojado galán para llevar á cabo una empresa del género de la nuestra?

—En mis verdores, respondió Enrique sonriéndose, puedo decir sin jactancia que valí algo; al menos así como han hecho creer algunas, antes de conocer á la madre de Emirene. No ignoras que mi vida es una novela en acción, y que me han pasado muchas y curiosas aventuras. La experiencia, hijo, es el mejor maestro, y yo me jacto de haber aprendido algo en mi escuela.

Una vez conformes, se despidieron recomendándose uno á otro la reserva y el disimulo; diéronse un fuerte abrazo, montó don Juan á caballo, cruzó la calle y desapareció á galope por la margen opuesta del río.

La conversación con su sacro habia vuelto, si no á la paz, al menos la confianza á su corazón. En las situaciones críticas nos abandonamos con facilidad á lo que augura un término feliz á nuestros males. Nos hacemos ilusión sobre los hombres y las cosas, tratamos de engañarnos á nosotros mismos para no desmayar, y al menor resquebrajo de salvación, la esperanza nos sale con su manito, renace la fé amortiguada, disipase la noche que nos circundaba, y vuelve el alma á sentirse fuerte y á desafiár impávida los rigores del destino.

Necesitaba don Juan creer que su buena estrella no se eclipsaría; necesitaba entregarse á la seguridad de

que no abortarian sus planes, para tener la sangre fría y fortaleza indispensable, á fin de condenarse á representar un papel repugnante á sus principios y difícilísimo en su situación. Temía que alguna palabra ó gesto indiscreto descubriese la tormenta que bramaba sordamente en su pecho: temía que se le escapase alguna queja involuntaria en uno de aquellos momentos en que el abandono de la pasión no nos permite reflexionar, y precavida Emirene frustrase sus designios.

Sus recelos eran infundados: cuando se abraza un afecto como el suyo, el amor hace milagros; una idea fija se clava en la cabeza, y á esta se subordinan todas las demas.

Engolfado en tales pensamientos llegó á la ciudad á las dos de la tarde, dejó su caballo en una pastelería (1) y se encaminó al convento de... no con el piadoso objeto de rezar, sino para arreglar con la abadesa el último artículo de su ingenioso y singular proyecto.

Sor Angela, así se llamaba aquella, era medio pariente de su esposa, y la apreciaba sobremedera por su piedad y las continuas limosnas que dispensaba al convento.

Muger de experiencia, de intachable virtud y de instrucción no comun, consagrada á la iglesia por vocación, indulgente, caritativa, dotada de un alma simpática y llena del espíritu evangélico, la abadesa comprendió desde las primeras palabras á don Juan, y salvo algunos pequeños inconvenientes que se zanjaron en el acto, consintió sin dificultad en prestarse á lo que de ella se exigía, creyendo hacer un gran bien á las personas empeñadas en la *tragicomedia* que se iba á representar.

El hidalgo al despedirse, dejó sobre la mesa un bolsillo de oro, diciendo:

—Emirene me ha entregado esto para que tengais la bondad de repartirlo entre las familias que acostumbrais socorrer.

Y sin aguardar respuesta se inclinó respetuosamente y salió.

Es inútil prevenir que su muger no le habia dado tal comision, y que era un ardid suyo para grangearse mas la voluntad de sor Angela, que lo comprendió y se lo agradeció en el alma, porque así no la poia en el caso de rehusar por delicadeza una suma con la que podia remediar muchas miserias, secar muchas lagrimas, y atraer sobre la cabeza de sus benefactores las bendiciones de muchos infelices.

—Nunca está demas hacer el bien—se decía don Juan al cruzar el pórtico del convento—si los hombres no lo agradecen, si son ingratos y á veces nos retribuyen un insulto por un beneficio, la conciencia se goza en su obra y nos aplaude. Hemos cumplido con nuestro deber, nada importa que ellos olviden el suyo. *«El que da al pobre presta á Dios»* (2).

De vuelta á su casa, Emirene, como si adivinase el peligro que habia amenazado sus dias, recibióle con imponderable alegría; y con su gracia habitual se quejó de que la dejase sola, se fuese sin verla, no volviere á la hora de almorzar y la hiciese esperarle inútilmente.

—Mira, le decía, te estuve aguardando hasta la una, y no ha tomado mas que una taza de té, porque cuando tú no estás, no tengo ganas y apenas como. ¿Qué negocio extraordinario te ha impedido?....

—Hija, S. E....

—¿El virey?

—Pues.

—¡Siempre el virey! ¡es mucho encanto! ¿Acaso te has enamorado de S. E?

—¡Por Dios! que no soy.... natural de las ciudades amiguiladas por el fuego celeste.

—¡Seclar, tú andas en malos pasos... No quiero que vayas mas á palacio

—¿Por qué, prenda mia?

—Porque tengo celos.

—Tú, celos!... ¡vaya, ¡es original! ¿y de quién?....

—Del virey.

Al oír tan peregrina especie, don Juan, que al principio habia creído que la picarilla hablaba formal y trataba de disfrazar su pensamiento, cayó en la idea verdaderamente diabólica de su inocente consorte, y se le escapó una carejada que se oyó á diez leguas á la redonda.

¡Singular poder del amor!.... al entrar en su morada un pensamiento del infierno habia asallado al celoso marido; tal vez hoy, se dijo, mientras yo hablaba con su padre ó la abadesa.... y un sudor frio bañó su frente, y entró en la sala,

Torvo el semblante, la mirada inquieta;

pero se presentó ella, selló sus labios con los suyos, le habló dos palabras, la miró, y antes de informarse de su fiel esclavo, «hoy no ha visto al marqués», le dijo una voz secreta. Y así era en efecto: entonces el ángel malo que le tenia entre sus garras, le dejó libre; convirtiéndose otra vez en el tierno y apasionado don Juan y volvió á ver en ella á su siempre hermosa, festiva y seductora Emirene....

Esa tarde, esa noche, y los dias restantes, estuvo mas afectuoso que en los anteriores, no sé si porque

pensaba hacer algun viage y separarse de su mitad, ó para inspirarla mas confianza: tal vez serian las dos cosas juntas (1).

(Se continuará.)

APUNTES DESCRIPTIVOS E HISTÓRICOS

DE UN VIAGE.

DE MADRID Á LA RIOJA.

Artículo 3.º

Descripción del pueblo de Avalos.

Avalos en lo antiguo *Dávalos*, se mira de lejos situado al Norte del gran valle de la Rioja y á la caída de la prolongada sierra á que llaman la *Sonsierra de Navarra*. (Subserra). Son varios los ramales ó estribos que sostienen por esta parte su prolongado tomo y sus perpendiculares picachos; pero hay dos mas pronunciados en las masas que descienden magistuosamente de esta altura, los que disminuyéndose á proporción que bajan, se abaten al fin, formando cierta profundidad ó fosa antes de tocar las márgenes del Ebro. Pues entre la ancha cuenca que dejan dos ramales, nombrados el uno las *Huertas* y el otro *Ballescros*, se presenta como enclavado el pueblecito de Avalos no completamente en el llano, sino en el descenso de una loma suave, ramificación intermedia de las mismas cumbres, y sobre la que domina la carretera con otros puntos que están mas en el llano. Este pueblo se derrama hácia el Este, y se sume algo por el lado de esta última loma ó ribazo, por lo que no se vé sino desde otra altura su perspectiva completa. Fórmanla esta, una porción de casas mas sombrías que blancas por ser casi todas de piedra, la iglesia su torre, la casa de nuestro amigo, ya en el anterior número descrita, y algunos verdes chopos que aquí ó allí se presentan. Los chopos viven y se alimentan al pie de dos humildes riachuelos que humedecen el area de esta población y que por todo su alrededor la circunden.... el Artajona y el Zorabel. Estos tambien se reunen en uno despues de haberse engrosado con los torrentes varios que se desprenden de la *Sonsierra*, y á ello se debe las cristalinas y delgadas fuentes que tienen para beber sus habitantes. Filtradas y trabajadas estas por una piedra arenosa, ademas de su delgadez y transparencia, son tambien muy frescas por su altura en la estación del verano, dando ser y vida á los frutales y delicadas hortalizas que sus aguas riegan. Segun el apeo que se hizo del término de este pueblecito en 1727 contaba una estension de 10.885,345 varas cuadradas.

Esta es su descripción exterior: su interior es bastante irregular y triste. Ciento cincuenta casas casi hacinadas sin orden ni concierto, revueltas ó callejones en vez de seguidas calles, un piso infernal y ningún aseó: he aquí el aspecto de su interior. El curioso, sin embargo, observará entre sus casas recuerdos de pasados siglos, pues aunque bajas y humildes, su cualidad de piedra hace perpetuar mas los signos ó emblemas y el antiguo gusto de sus fachadas. Entre ellas hemos reparado en algunas con sus arcos de medio punto y sus ventanas moriscas, pertenecientes todavia á los siglos XIV, XV y XVII. Muchas de estas están destinadas hoy á oficinas de lagares ó al oscuro recinto de posadas de arriería, en una de las que aparece por blason este escudo singular, y que no pudo menos de chocarnos, por lo poco ingenioso de su mote ó leyenda. Se reduce á un escudo en cuyos cuarteles se levanta de relieve un globo ó bola redonda con una orla que dice: «el mundo es así.» Esto nos recordó lo del gallo y su letrero.

Sobre ciento ochenta vecinos ocuparán hoy este pueblo, y de ellos, ciento serán labradores, cuarenta propietarios y que trabajan á la vez, y los demas braceros. Otras veces llegaban tanto á este como á los demas de la provincia no pocos gallegos que tomaban parte en sus faenas agrícolas. Pero de pocos años á esta parte van faltando estas gentes por hacer ya todos sus peculiares labores y ofrecerlas mucho mas baratas. Mas en 1843 cuando por vez primera le visitamos, venian todavia estos huéspedes de los que recordamos que llamaban *rapaz* al chico que les servia y cuidaba de su comida, aprendizaje y servicio que le era tan costoso, como al *mogoiña* en nuestros andaluces campos. El epíteto de *gallego* es sin embargo de lo peor que se pueden decir sus habitantes entre sus personales enojados, tal vez, porque estos como extranjeros eran los únicos que no eran nobles cual los del país, circunstancia de que se valia para humillarlos el alcalde del pueblo de San Vicente de esta propia provincia, como lo diremos cuando este y otros pueblecitos describamos. El de Avalos tiene una escuela para sus hijos, si bien los alumnos, distraídos con las faenas agrícolas de sus padres unas veces, y otras, con el servicio de los entierros á que los hacen ir los curas, apenas estudian y aprovechan. Las costumbres de su gente son buenas, aunque por su carácter son manirotos, y su ignorancia es mucha. Hacer poco que todo su vecindario se alarmaba porque veia de noche montada sobre una cebra al alma de un diabólico escribano.

(1) Consejo amistoso al bello sexo,

(1) Casa donde se cuidan y alquilan caballos.
 (2) Este sublime pensamiento sirve de epígrafe á una bellísima composición de Victor Hugo en sus Hojas de Otoño (Feuilles d'Automne) titulada *Para los Pobres*. El día que se publicó se vendieron 60,000 ejemplares solo en Paris. Merece leerse.

Este pueblo como los demás vinateros de por aquí, tienen además de sus casas otras tantas bodegas ó cuevas, que edifican bajo tierra, para aprovechar su frescor en los caldos, sosteniéndolas después con arcos, ó revistiéndolas con una bóveda completa según las facultades, habiendo abiertas muchas en la piedra viva. Sobre estas cuevas forman unos respiros á manera de cañon de chimenea, á que llaman *viseras*.

De este pueblo tan humilde salió, sin embargo, el famoso condestable de Castilla Rui Lopez, que tanto figuró en las páginas de nuestra antigua monarquía, y aquellos *Dávalos* que ocuparon según los archivos de Navarra las plazas ó castillos de *Tolono*, *Lestaca*, *Buradon*, *Toro*, y *San Vicente*. Las vicisitudes de su señorío hasta que por sí se redimió, con las casas á que perteneció, enlazadas las mas con nuestra historia nacional, lo ha tratado todo muy pormenor su sabio hijo el señor don Martin Fernandez de Navarrete en una descripción manuscrita sobre esta villa. Ella tambien ha producido entre otros á don Gregorio Banares, que en el año de 1783 tuvo los primeros ejercicios de botánica que ha habido en España, como lo prueba el haber asistido á ellos el ministro de Estado conde de Florida-Blanca y demas ministros y embajadores. Nuestros padres se conoce que eran mas aficionados á la teología que á las ciencias exactas, ó á la que ellos llamarían del diablo.

Viniendo ahora á su iglesia parroquial, museo y notabilidad única de estos pueblos, brevemente la describiremos. Compócese de una sola nave, pero alta, clara y hermosa, cuya longitud parece ser de 146 pies, y su anchura de 43. Su gusto es ojival, y el que ya era propio por su severidad interior del final del siglo XV. Opinamos con el señor Navarrete en su memoria citada, que la parte del presbiterio se hizo posteriormente, habiendo estado antes colocado con el altar mayor al fin de la bóveda del centro, donde se reconocen las huellas de una puerta, con otro arco cortado sobre la de su principal ingreso. Su retablo parece que es obra de Pedro Arbulo Margueta, que vivía á fines del siglo XVI, y del que hay varias en este país, equivocadas á su cabal desempeño, con otras de Berruguete. Todo lo demas de sus altares y santos merecen poca la atención, y mucho menos un *Ecce-homo* y *Dolorosa*, que han echado á perder á fuerza de exagerar sus tonos rojos y la brillantez del barniz. En la capilla de San Antonio hay un buen crucifijo de bronce.

Tal vez la fachada de la puerta de esta iglesia se remonte al siglo XIV.

Así parece denotarlo los pliegues y el dibujo de las figuras que la adornan con prolifas labores cinceladas al aire y que podrian servir de modelo, si los muchachos y sus piedras no fueran dando fin á los calados aéreos de sus repetidas ojivas y de los cardos y hojas cóncavas que aparecen encima. Las estatuas han sufrido igual mutilación, y todas aparecen en sus rostros como los de aquellos padres del famoso concilio, cuyos individuos llevaban á su apertura los signos de las persecuciones por que acababa de pasar la iglesia. ¡Tantas son las que estas estatuas padecen al rigor del brazo de los muchachos y las piedras que á sus pies han multiplicado! Por fortuna, el nuevo juego de pelota evitará el que se aumente mas el monte de cantos que por una artificial estratificación se ha formado junto á estas figuras enanas de por sí, y con estos lirreos, mas enanas todavía; siendo tanto su desfiguración, que hasta los últimos días tuvimos por estatuas arrodilladas ante el Salvador del mundo, personificando algun fundador ó fundadora, lo que al fin descubrimos era San Esteban con su dalmática de diácono y San Félix con su casulla. A la conclusion de todos estos adornos por la parte superior, muéstrase aislada en el lienzo del propio muro, la figura saliente de una ave de piedra y que creemos no formó nunca parte del ornato de su portada, y si, que se empotró allí de parage diverso. Porque nos parece nocturno el animal que representa, ignoramos si seria algun signo del antiguo castillo que se levantaba donde está la iglesia hoy, quedando todavía restos de sus merlones á la espalda de la capilla de San Antonio, donde se observa un medio cubo bastante saliente de lo demas de la iglesia por la parte del Oriente. En las antiguas fortalezas habia este signo de vigilancia.

En este propio templo y embutidos allá en una de las sillas mas recónditas de su coro monacal (fué traído del ex-convento de la Estrella) á estilo de la que ocupaba Felipe II en las fiestas del Escorial; he visto las de San Esteban su patrono, la de Santiago y la de la Virgen de la Rosa el 8 de setiembre, solemnes dias, en los que advierte el observador costumbres respetables, hombres enciclopédicos, y usos grotescos. Pertenecen á las primeras la gravedad del alcalde, del teniente ó del regidor que asisten á estas fiestas de tabla, y que se acercan al ofertorio con el uniforme serio de sus capas para ofrecer ciertas monedas al oficiante, legado de remotos siglos, ceremonia por aqui conservada y ya por otras provincias no vista.

Estas capas nos agradan mas para los rostros de los que estas repúblicas gobiernan, que los casaones cómicos que otras veces usaban por semejantes lugares con su correspondiente tizona. Nuestra capa es el manto romano, y es por su esencia democrática: á todos viene, todo lo encubre, y es el ropaje que mas cuadra sin duda á la dignidad del hombre. Pero volviendo á los individuos enciclopédicos que en estas funciones se observan, diremos que tal nos pareció uno, que en la procesion tocaba el bajo, que al facistol cantaba el *introito*, que despues tocaba el órgano,

y que en la gloria manejaba el violin; especialidad por último, que recoge frutos y limosnas, que sustituye á veces al maestro de escuela, y que arregla por sí las faltas de su órgano tocando con igual facilidad la jota, que el aria de la *Casta diva*, ó la marcha del Belisario. Las costumbres grotescas se advierten aun mas en estos dias y por este sitio. Los chicos de la escuela se sientan en el suelo, los hombres mozos los imitan y no como el musulman, teniendo las piernas recogidas, sino echadas á toda su largura. A esta iglesia por último veníamos varias veces con nuestro amigo á oír los sábados la *salve*, cuando á la luz de

una lámpara centellante por toda iluminación, y sin mas concurrencia que nuestras personas, se oía el magestuoso del órgano y los acentos de los que concluían la religiosa plegaria, quines mas pronto concluían que la principiaban; menos una noche que el organista fornido y colorado se convirtió en una jóven pálida y rubia, y sus manos, en los dedos suaves de una viudita, que á estilo de cierta san recorrió las telas del armonioso instrumento.

Otro dia describiremos las ermitas y demas cosas notables que á la poblacion circundan.

MIGUEL RODRIGUEZ FERRER.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



—Si le manda que se prepare, decía la primera sobrina entre sí, hará testamento, y me dejará la mayor parte, pues nunca me separé de su lado.
 —Si le dice que se disponga, decía entre sí la segunda sobrina, hará testamento y me dejará algo, pero ya habrá perdonado mi ingratitude.
 —Hallo una mejora notable, exclamó el doctor.
 Y las dos sobrinas se sentaron suspirando.

MOSAICO.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS MORALES.

No conviene usar jamás de un tono soberbio y arrogante. Esa clase de altanería es una verdadera debilidad. La fuerza de los pensamientos se encuentra en la razon, espuesta con tranquilidad y sencillez.—*Bossuet*.

Cada dia nos estamos privando de otras tantas felicidades cuantas buenas acciones omitimos.—*San Buenaventura*.

¿Queréis que se crea de vosotros mucho bueno? Pues no lo digais vosotros mismos.—*Pascal*.

Si analizamos detenidamente la condicion humana, veremos que los trabajos, las privaciones, los disgustos y las inquietudes son inseparables de ella: que Dios ha dicho á la felicidad del hombre como á las olas del mar: *No irás mas allá*. Esforcémonos, pues, en conseguirla hasta tocar en este limite que no podemos salvar, y resignémonos á no llegar nunca mas lejos.

No dependerá de tí el libertar tu vida de los sufrimientos y los dolores, pero sí dependerá de tí levantar tu corazon de la angustia y del abatimiento. Por opuesta que sea á tus inclinaciones, no te será facil variar la posicion y la suerte que el cielo te ha destinado; mas sí podras, con ayuda de la razon, resignarte á llevar con paciencia tu carga.—*De Charney*.

LOGOGRIFO.

LoLo
 Lo
 A B C d e f g original
 qqqq
 qqq
 qqq
 qqq
 q
 on
 on on on
 on

LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

UN SER INCLINADO AL MAL A VUELTA DE MUCHOS DIAS SE VE RODEADO DE DIFERENTES FORTUNIOS.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. NELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número...